



# EX LIBRIS

VERBA VOLANT  
LA HABANA - CIUDAD ANTIGA  
DIN EN EL DADO CAROLINITE  
LOS DIOS PERDIDOS  
LA HABANA - APUNTES HISTORICOS

MUSEO DE LA CIUDAD DE LA HABANA

199

199



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental  
Oficina del Historiador

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**  
DIRIGIDOS POR  
**EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING**  
HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

**52**

**HOMENAJE AL ILUSTRE  
HABANERO DOMINGO  
FIGAROLA-CANEDA**  
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



**MUNICIPIO DE LA HABANA**  
**ADMINISTRACION DEL ALCALDE SR. NICOLAS CASTELLANOS RIVERO**  
**1952**

  
**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## PUBLICACIONES

### DE LA OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

#### *Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana,*

t. I, 1550-1565, con un prefacio y un estudio preliminar por *Emilio Roig de Leuchsenring*, 2 vols.

———, t. II, 1566-1574.

———, t. III, 1575-1578.

#### *Historia de La Habana,*

por *Emilio Roig de Leuchsenring*, t. I, Desde sus primeros días hasta 1565.

#### *La Habana. Apuntes Históricos,*

por *Emilio Roig de Leuchsenring*.

#### *El Escudo Oficial del Municipio de La Habana.*

#### *Colección Histórica Cubana y Americana,*

1: Curso de Introducción a la Historia de Cuba.

2: Hostos y Cuba.

3: *José María Heredia*: Poesías Completas (2 vols.)

4: Vida y Pensamiento de Martí (2 vols.)

5: Vida y Pensamiento de Varela.

6: La Vida Heroica de Antonio Maceo.

7: Banderas Oficiales y Revolucionarias de Cuba, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.

#### *Cuadernos de Historia Habanera:*

1. Homenaje al ilustre habanero Pbro. José Agustín Caballero y Rodríguez en el centenario de su muerte. 1835-1935.
2. La Habana antigua: La Plaza de Armas, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.
3. Claudio José Domingo Brindis de Salas (El Rey de las Octavas). Apuntes biográficos, por *Nicolás Guillén*.
4. Homenaje a la Benemérita Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, por *Adrián del Valle*. Prólogo de *Fernando Ortiz*.
5. Las calles de La Habana. Bases para su denominación. Restitución de nombres antiguos, tradicionales y populares.
6. Ideario Cubano: I. - José Martí. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsenring*).
7. Ideario Cubano: II. - Máximo Gómez. (Recopilación y prólogo de *Emilio Roig de Leuchsenring*).
8. Autobiografía, cartas y versos de *Juan Francisco Manzano*. (Con un estudio preliminar por *José L. Franco*).
9. Conferencias de Historia Habanera. - 1ª serie: Habaneros Ilustres.
10. Curso de Introducción a la Historia de Cuba. - I.
11. Conferencias de Historia Habanera. - 1ª serie: Habaneros Ilustres.
12. Curso de Introducción a la Historia de Cuba. - II.
13. Conferencias de Historia Habanera. - 1ª serie: Habaneros Ilustres.
14. Curso de Introducción a la Historia de Cuba. - III.
15. Conferencias de Historia Habanera. - 1ª serie: Habaneros Ilustres.
16. Heredia en La Habana, por *Francisco González del Valle*.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

HOMENAJE AL ILUSTRE HABANERO DOMINGO  
FIGAROLA-CANEDA EN EL CENTENARIO  
DE SU NACIMIENTO



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

116

**CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA**  
DIRIGIDOS POR  
**EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING**  
HISTORIADOR DE LA CIUDAD DE LA HABANA

52

**HOMENAJE AL ILUSTRE  
HABANERO DOMINGO  
FIGAROLA-CANEDA**  
EN EL CENTENARIO DE SU NACIMIENTO



**MUNICIPIO DE LA HABANA**  
**ADMINISTRACION DEL ALCALDE SR. NICOLAS CASTELLANOS RIVERO**  
1952

  
**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**  
OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Domingo Figarola-Caneda.

*Por Enrique Caravia.*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

## NOTA PRELIMINAR

*Al cumplirse, el 17 de enero de 1952, el centenario del nacimiento del ilustre habanero Domingo Figarola-Caneda, la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, se han unido, como tantas y tantas veces en nobles empeños patrióticos y culturales, para tributar público homenaje de recuerdo, admiración y reconocimiento a ese gran cubano que a la tierra de sus más fervorosas adoraciones consagró su vida de luchador incansable por la independencia y la libertad de la colonia esclavizada y el mejoramiento y engrandecimiento cultural de la misma y de la República.*

*El Alcalde Municipal, señor Nicolás Castellanos Rivero, le prestó su cooperación a la sugerencia que le hicimos de incorporar la efigie de Figarola-Caneda a la Galería de Patriotas del Municipio, confiando, al efecto, a la maestría del excelente artista Enrique Caravia, un retrato al óleo del insigne historiador, revolucionario y ciudadano, que será develado en la Oficina del Historiador de la Ciudad y en el que participarán los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y los demás amigos, discípulos y admiradores del esclarecido hombre de letras.*

*Nos complacemos en haber prestado nuestra cooperación a la señora Lilia Castro de Morales, Directora de la Biblioteca Nacional, de la que Figarola-Caneda fué creador y su primer Director, en el número especial que le consagrará la Revista de dicha institución, por éste fundada, y que ella logró poner de nuevo en circulación.*

*La Oficina a nuestro cargo recoge en el presente Cuaderno de Historia Habanera algunas de las muy numerosas y notabilísimas siluetas de cubanos esclarecidos, que Figarola-Caneda escribió en los últimos años de su vida y publicó, especialmente, en la propia Revista de la Biblioteca Nacional y en el mensuario de letras y artes, Social, obra meritísima de Conrado W. Massaguer y del que fuimos nosotros Director Literario.*

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING.  
Historiador de la Ciudad de La Habana.



**EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE  
DOMINGO FIGAROLA-CANEDA**

**Por EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING**



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

El día 17 del mes de enero de 1952 se conmemora el centenario del nacimiento de Domingo Figarola-Caneda.

No era posible que tan destacada efemérides cubana pasara inadvertida para la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, teniendo en cuenta la extraordinaria significación de Figarola-Caneda en el campo de los estudios históricos y bibliográficos y su obra merítísima como creador, organizador y primer director de nuestra Biblioteca Nacional. Por eso, cuando en la reunión celebrada el 14 de septiembre del pasado año por la Junta Directiva de aquella Sociedad propuse que rindiésemos público testimonio de admiración y cariño a tan ilustre compatriota, todos los compañeros acogieron con vivo entusiasmo esa iniciativa, acordándose recabar de la directora de la Biblioteca Nacional, señora Lilia Castro de Morales, que colaborasen esta institución y la nuestra en los homenajes conmemorativos de dicho centenario.

Y, por haber sido habanero insigne Figarola-Caneda, y en mi carácter de Historiador de la Ciudad de La Habana, recomendé al señor Nicolás Castellanos Rivero, Alcalde Municipal, y éste le ha impartido muy gustosamente su aprobación, el encargar al notable artista Enrique Caravia para la Galería de Patriotas del Municipio, un retrato al óleo de don Domingo que se colocará en el Palacio de Lombillo, Plaza de la Catedral, donde se encuentra instalada la Oficina del Historiador, y será develado en la fecha del centenario del nacimiento de aquél, inaugurándose entonces, también, una exposición de sus libros, documentos y fotografías.

Bien merece Figarola-Caneda el homenaje de todos los cubanos, porque fué incansable luchador por la libertad y la cultura patrias, y su nombre y su obra tienen valor permanente en la evolución histórica de nuestra nacionalidad.

Nació Figarola-Caneda en esta ciudad de La Habana, el 17 de enero de 1852, según lo acredita la siguiente partida de bautismo que obra en el archivo de la Iglesia Catedral, al folio 260 vuelto, del libro 33 de bautismos, y de la que me ha facilitado copia, confrontada debidamente con su original, el señor Rafael Nieto Cortadella:

Sábado veinte y uno de Febrero de mil ochocientos Cincuenta y dos años, yo D. Andrés Avelino de la Torre, Cura rector del Sagrario de la Sta. Ygla. Catedral de la Habana, bautizé Solemnemente, y puse por nombre Domingo José Joaquín Antonio Abad, a un niño que nació el día diez y siete de Enero último, hijo legítimo de D. Domingo Figarola y de D<sup>a</sup> María del Carmen Caneda, naturales de esta Ciudad: abuelos paternos D. José y D<sup>a</sup> María de Jesús del Castillo: maternos, D. Joaquín y D<sup>a</sup> Asunción Garay de Cintra: fueron sus padrinos D. Manuel Bornio y la abuela materna, á quienes previne el parentesco, y lo firmé.

Andrés Avelino de la Torre.  
(rúbrica).

Tuvo Figarola-Caneda su primero y rudísimo contacto con el despótico régimen colonial español al verse complicado en los sangrientos sucesos del fusilamiento, el 27 de noviembre de 1871, de los ocho estudiantes de medicina de la Universidad de La Habana, por las hordas de voluntarios españoles de esta Capital, con la tolerancia cómplice de los desgorbernantes de la Isla.

El mismo don Domingo cuenta, en trabajo publicado en la revista *Social*, con el título *27 de Noviembre de 1871* (marzo de 1920), que cursaba entonces el segundo año de Medicina, y los alumnos acudían en horas de la tarde a la clase práctica de Anatomía, que daba el doctor Juan Manuel Sánchez de Bustamante en el Hospital de San Dionisio, antigua Casa de Dementes. Allí vió, en unión de otros compañeros, cuando dicho profesor

rechazaba indignado profundamente las infames calumnias que el gobernador, D. Dionisio López Roberts, se esforzaba en lanzar sobre los alumnos de aquél, o sea los del segundo curso de Medicina.

Dice cómo todavía, a los cuarenta y nueve años de distancia,

veo aquella cabellera de hilos de plata, aquel semblante de un rojo extremo, de músculos temblantes, de ojos verdaderamente centelleantes, y oigo aquella voz que, trémula por la cólera, en cada palabra despedía un rasgo de honradez y de entereza a la cara del gobernante.

Considera Figarola-Caneda que el profesor Sánchez de Bustamante, con esa viril actitud,

arrancó materialmente de las garras del gobernador López Roberts al segundo curso de Medicina.

En horas de la noche, fué encerrado él, con sus compañeros del segundo curso,

en una pieza o local destinado a salón de espera y de conferencias de los catedráticos, donde había continuado el sumario contra los estudiantes del primer curso, y vi asimismo cómo el gobernador López Roberts, con la cólera y el encono estampados sobre su semblante de ave de rapiña, asía por el brazo izquierdo al alumno de este curso Pascual Rodríguez y Pérez, y lo entregaba a un jefe u oficial de voluntarios, con esta orden:

—¡A éste, a la bartolina!

Y de ella salió el pobre Rodríguez y Pérez para ser fusilado con sus otros compañeros y mártires inocentes.

De aquel salón de espera salió a la calle el segundo curso y en ella, y entre dos filas de Voluntarios a cuya cabeza iba el comandante del segundo batallón don José A. Cabarga, comenzamos a marchar. Pasamos por delante de la demolida batería de la Reina, a cuyo frente se eleva hoy la estatua del general Maceo, luego entramos en la hoy Avenida de la República y en aquellos días Calzada de San Lázaro, y entonces desatóse contra nosotros un verdadero aluvión de insultos y de injurias, al par que de cebollas y papas con que, según íbamos avanzando, nos acogía la canalla apostada en las aceras, y sobre todo, en las bodegas y demás establecimientos comerciales.

Así pasamos aquel vía crucis, hasta que llegados precisamente junto a aquellos lienzos de pared del edificio conocido por Depósito de Ingenieros, y ante los cuales fueron fusilados los estudiantes, el comandante Cabarga dió la orden de: ¡Alto! Y después: ¡Rompan filas!

¡Y a qué poca distancia de la Cárcel! ¡Y a qué poca también del suplicio, si en vez de romper filas, hubiéramos entrado en aquella...!

Forzado, en 1872, a abandonar los estudios de la carrera de Medicina a consecuencia de aquellos sucesos —según él mismo contara a sus amigos muchas veces— y también “por su repugnancia a trabajar sobre el cadáver”, como afirma Francisco González del Valle en el estudio biográfico que le consagró en el décimo aniversario de su muerte (*Domingo Figarola-Caneda*, La Habana, 1936), encaminó su vida por el sendero del periodismo y las letras, labor a que se consagró ininterrumpidamente cuatro años más tarde, dedicado de modo es-

pecial a la reseña y crítica de los más importantes libros y revistas publicados en nuestra patria, o por cubanos o sobre asuntos cubanos, en el extranjero.

Fundó y dirigió, durante los meses de octubre y noviembre de 1883, en La Habana, el periódico teatral *El Argumento*. Y colaborador primero de *La Ilustración Cubana*, revista decenal que se publicaba en Barcelona, la dirigió, después, desde 1887.

En 1875 contrajo matrimonio con la señorita María Teresa Ferrer, de la que tuvo un hijo: Herminio. Enviado éste a París, para que allí se educase, al reanudarse en 1895 la Guerra Libertadora Cubana de los Treinta Años, iniciada en 1868, se incorporó a la misma, el joven Figarola llegando a alcanzar el grado de capitán, y dió su vida por Cuba Libre en 1897.

Aquel crimen nefando del fusilamiento de los estudiantes de Medicina de la Universidad de La Habana el año 1871; su profundo conocimiento de la historia de Cuba colonial; y sus relaciones de amistad con los más preclaros patriotas cubanos de su tiempo avivaron, más y más, en Figarola-Caneda, su desbordado amor a su tierra natal.

Y este vivísimo y sólido patriotismo, unido a la rectitud de sus principios morales y la congénita repulsa a cuanto significase injusticias, abusos, explotaciones, lo llevó a convertirse durante la etapa final de nuestra contienda emancipadora, en fervoroso propagandista revolucionario, consagrado, sin descanso, durante la emigración, en París, a difundir y defender la razón de Cuba en su lucha a muerte contra la metrópoli española. Al efecto, editó y dirigió allí, en español y en francés, desde 23 de enero de 1896 a 30 de septiembre de 1897, *La República Cubana*, cuyo título era rotunda proclamación y feliz presagio de los ideales por él perseguidos.

Ya en la patria libre, siguió Figarola-Caneda sintiendo, pensando y actuando, en cuestiones patrióticas, con la misma exaltada rebeldía e intolerancia que en los tiempos de la lucha independentista.

En este sentido, sólo podía hermanarse con otro eterno mambí: Manuel Sanguily, su fraternal amigo.

Ya por esa deslumbrante faceta de su personalidad, el viejo Figarola-Caneda tenía que sernos simpático a los jóvenes que cultivamos su amistad. El nos dió ejemplo vivo y constante —trayéndonos como el puro aroma de otras épocas que no alcanzamos— de sano y santo cubanismo, inflexible e intransigente, desinteresado y rebelde, que nos venía a recordar, en momentos de generales tolerancia y claudi-

cación en el orden de lo patriótico, que no podía estar nuestra República sometida a los intereses y conveniencias personales o partidaristas, sino que había una obra revolucionaria y patriótica por continuar y consolidar, e ideales que era ineludible salvar, señalándonos, así, nuestro deber, y el camino que estábamos obligados a seguir, como cubanos y como hombres de letras.

Tampoco se aparta nunca de nuestra memoria algo muy grato e inolvidable a que va unido el nombre de don Domingo Figarola-Caneda: las tertulias literarias que durante muchos años se celebraron en su morada, los sábados por la tarde; antigua costumbre cubana, ésta de las tertulias literarias, que don Domingo logró conservar, como caso único en nuestra Capital, casi hasta su muerte.

Allí, en el entresuelo de la casa de la calle de Cuba número 24 —la colonial residencia de la Condesa de Merlín, la ilustre cubana-francesa a la que don Domingo consagró una de sus obras— donde vivía con su segunda esposa, la distinguida dama polaca Emilia Boxhorn (su *Emi*), la sencilla, modesta, bondadosa, cultísima e inseparable compañera y colaboradora eficientísima del gran cubano, cubana ella, de corazón, también, y amiga entrañable de los amigos de su esposo; allí en aquel inolvidable pisito, que considerábamos nuestra casa, se reunía todos los sábados, en horas de la tarde, un grupo de amigos y simpatizadores del insigne historiador y bibliógrafo. Entre los compañeros, en edad y sapiencia, de don Domingo, figuraban Manuel Sanguily, Juan Miguel Dihigo, Francisco de P. Coronado, Antonio L. Valverde...; y de los jóvenes, éramos los más asiduos: Francisco González del Valle, Gerardo Castellanos, Joaquín Llaverías, Federico Castañeda, Emeterio S. Santovenia, José Antonio Fernández de Castro... y quien estas líneas escribe.

Manuel Sanguily, casi siempre llegaba el primero y se retiraba el último. *Causeur* maravilloso, durante las cuatro o cinco horas que duraba la tertulia, con gran placer nuestro no dejaba de estar en el uso de la palabra más que los momentos precisos para que los demás le interrogáramos acerca de aquellos puntos históricos, literarios o filosóficos sobre los que deseábamos conocer su opinión, autorizada y decisiva siempre.

Fué Figarola-Caneda el primer director de la Biblioteca Nacional cuando ésta fué fundada el 18 de octubre de 1901 por el gobernador militar norteamericano general Leonardo Wood, a iniciativa del ilustre

patriota y revolucionario Gonzalo de Quesada y Aróstegui, abriéndose al público ese establecimiento con el donativo que como primer fondo tuvo la Biblioteca, hecho por el propio Figarola-Caneda, de unas tres mil piezas, obras cubanas en su mayoría.

Como Director la rigió hasta noviembre de 1918, en que se le designó para trabajar en una comisión relacionada con reformas de ese organismo, renunciando definitivamente al cargo en 1920. Durante los primeros años de su dirección destinó parte de su sueldo de \$125.00 mensuales a la compra de libros y revistas para la Biblioteca.

No pudo ser rica en satisfactorios resultados la labor de Figarola-Caneda durante el tiempo que permaneció al frente de la Biblioteca Nacional, porque siempre tropezó, como después le ocurrió a su sucesor Francisco de P. Coronado, con el abandono, la indiferencia y hasta la hostilidad que nuestros gobiernos republicanos han tenido, salvo tan honrosas como contadas excepciones, para cuanto signifique mejoramiento y progreso educativos y culturales.

Ha gozado Cuba de épocas de riqueza y prosperidad; se ha derrochado el dinero a millones en obras imaginarias, inútiles o dispensiosas; han pasado por la Presidencia ciudadanos que presumían de intelectuales y cultos; han desfilado por la Secretaría de Instrucción Pública primero, y luego por la misma dependencia, designada con el más pomposo nombre de Ministerio de Educación, algunas figuras a las que el vulgo, tal vez por oírsele repetir a ellas mismas o a sus amigos y protegidos, calificaba de consagrados... y jamás ha habido el más pequeño recuerdo, ni la más mínima atención para la Biblioteca Nacional. Rectificamos; el recuerdo y la atención constante que, presupuesto tras presupuesto, han tenido todos nuestros gobiernos para la Biblioteca Nacional han sido éstos, inalterables: disminuir su dotación y rebajar las cantidades para pago de personal y servicios de materiales, compra y encuadernación de libros, compra de periódicos. Hasta la revista que en 1909 comenzó a publicar Domingo Figarola-Caneda, sólo alcanzó su cuarto año de publicación, no regular, porque se despojó a la Biblioteca de la imprenta donde se editaba, gracioso donativo de la señora Pilar Arazoza de Muller, y no se incluyó después, en presupuesto, cantidad adecuada para el sostenimiento de dicha revista, hasta que, su actual directora, la señora Lilia Castro de Morales, logró reanudar su publicación en el mes de abril de 1949. Y en el año de 1938, un militarote energúmeno que se hallaba al frente de la Policía Nacional desalojó violentamente la

Biblioteca —con la amenaza de echar sus fondos al vertedero— del edificio de la antigua Maestranza de Artillería, donde se encontraba instalada desde el 17 de julio de 1902, para construir en dicho lugar un ridículo castillo de crocante, con destino a la jefatura de ese cuerpo policíaco.

Figarola-Caneda inculcó y mantuvo en nosotros, los que fuimos sus más íntimos amigos, con el amor a los libros, el amor, también, por la Biblioteca Nacional. Y de tal manera se arraigaron en nosotros ese interés y esa preocupación constantes por el engrandecimiento de esta institución de cultura que, cuando comprobamos la inutilidad de los esfuerzos que aisladamente se habían realizado en diversas épocas en favor de la Biblioteca Nacional, decidimos agruparnos, para laborar en forma colectiva, y de acuerdo con las leyes de la República, actuar cerca de las autoridades correspondientes, a fin de que terminase la intolerable situación que siempre ha sufrido la Biblioteca Nacional y ésta alcanzase el necesario grado de perfeccionamiento, tanto en su local, como en los servicios que deben prestar esta clase de instituciones en ciudades capitales de la importancia de La Habana; y en consecuencia, fundamos, en 1936, la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional.

Entre los motivos de la fundación de la misma, que entonces dimos a la publicidad, y figuraron como prefacio de nuestro Reglamento, afirmábamos:

Es forzoso reconocer que la Biblioteca Nacional ha estado hasta ahora casi totalmente abandonada, sin que de ella se ocuparan nuestros gobernantes en la época llamada de la “danza de los millones”, durante la guerra mundial, ni tampoco en los tiempos de gran desarrollo de las obras públicas en toda la Isla, en la época de la dictadura machadista. Muy por el contrario, en este último período, mientras se derrochaban millones de pesos en obras de lujo y ostentación, la Biblioteca Nacional fué materialmente destrozada y puesta en ruina, con el pretexto de que en el lugar donde estaba, la antigua Maestranza de Artillería, iba a ser levantado el palacio de la Secretaría de Instrucción Pública; aunque en realidad no fué esto más que un pretexto para aplazar una vez más la construcción del edificio que reclamaba la Biblioteca Nacional, teniendo que ser guardados miles de libros en cajas de madera, muchas de las cuales, depositadas en el edificio de la antigua Cárcel, fueron destruidas por un incendio, perdiéndose varios millares de valiosos volúmenes.



En la obra de Figarola-Caneda se destaca su labor histórica y bibliográfica, pues, durante su larga y fecunda vida intelectual fueron sus dedicaciones casi únicas la historia y la bibliografía cubanas. Para ambas tenía conocimientos y aptitudes excepcionales. Actor y testigo de muchos de los acontecimientos políticos y revolucionarios cubanos, amigo y compañero de ilustres figuras de nuestra patria, coleccionista incansable y metódico de documentos, retratos, libros, etc., en fin, de todo cuanto se refiriera a Cuba y a sus hombres, era él un archivo viviente de nuestra historia. Los que a ella nos dedicamos, acudíamos siempre a don Domingo en busca de un dato, una fecha, una orientación para nuestros trabajos, en la seguridad de salir satisfechos con aquello que deseábamos.

Figarola-Caneda fué en Cuba el verdadero maestro de los estudios bibliográficos, sólo cultivados científicamente antes de él por Antonio Bachiller y Morales, y que él realizaba con paciencia y curiosidad incansables, escrupulosidad en la selección de materiales, veracidad y precisión en las citas y afirmaciones. Como modelos de estos trabajos nos ha dejado sus libros: *Bibliografía de Rafael M. Merchán* (2ª ed. 1905), *El Dr. Ramón Meza y Suárez Inclán* (1909), *Bibliografía de Luz y Caballero* (1915) y *Bibliografía de Enrique Piñeyro* (1924).

Además de sus obras ya mencionadas, dejó, entre otras, las siguientes: *Colección de Manuscritos de la Biblioteca Nacional* (1909), *Cartografía Cubana del British Museum* (1910), *Escudos Primitivos de Cuba* (1913), *Memorias inéditas de la Avellaneda*. Anotadas. (1914), *Milanés y Plácido* (1914), *José Antonio Saco. Documentos para su vida*. Anotadas. (1921), *Plácido (poeta cubano)* (1922), *Diccionario cubano de seudónimos* (1922).

Después de su muerte, su viuda publicó en París las siguientes obras que don Domingo había dejado inéditas: *La Condesa de Merlín (María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo)*, 1928, estudio bibliográfico, estudio crítico en presencia de documentos inéditos y de todas las ediciones de sus obras; y *Gertrudis Gómez de Avellaneda, biografía, iconografía y bibliografía, incluyendo muchas cartas inéditas o publicadas, escritas por la gran poetisa o dirigidas a ella*.

También fué valiosa su actuación en lo que se refiere al desenvolvimiento en Cuba del arte del libro, por el buen gusto y competencia de Figarola-Caneda en asuntos tipográficos, dándonos de ello prueba, no sólo en sus obras por él editadas, sino también en las publicaciones que dirigió: *Revista de la Biblioteca Nacional*, *Anales*

de la Academia de la Historia, *Centón Epistolario de Domingo del Monte* y demás trabajos de la Academia de la Historia, como Director de Publicaciones de esa Corporación, de la que era Miembro de Número desde su fundación en octubre de 1910.

Uno de los defectos característicos de los intelectuales, de todos los países y de todos los tiempos, ha sido un agudo egoísmo individualista.

Encerrados en la torre de marfil de sus elucubraciones literarias, artísticas o científicas, el mundo que les rodea apenas suele existir para ellos. La ventura o la desgracia de sus semejantes, les es indiferente, a no ser que utilicen una y otra como material de laboratorio, como caso merecedor de investigación y de estudio. Y son muy raros los intelectuales que ponen su talento y su cultura al servicio de la humanidad, tan raros, que cuando así ocurre en nuestra patria, —con un Martí o un Finlay— sus nombres refulgen en la historia de su país como apóstoles, héroes, mártires o benefactores excepcionales que constituyen el máximo orgullo de su pueblo y la gloria también del mundo civilizado.

Este nocivo individualismo de los intelectuales llega al extremo de sustraer al bien público elementos promovedores de educación y cultura, tan útiles e indispensables como son los libros, los documentos, las obras de arte, los objetos o reliquias históricos.

Así, permanecen durante años y años, avaramente guardados para uso exclusivo personal de los intelectuales que los poseen, y sin que el pueblo disfrute de ellos, archivos, bibliotecas, museos. Y es sólo algún desastre económico o la muerte de sus poseedores, lo que provoca que éstos o sus herederos se decidan a desprenderse de los tesoros que poseían; pero aún en estos casos, por lo menos en nuestro país, resulta muy difícil que con tales tesoros se enriquezcan bibliotecas, archivos o museos públicos: lo frecuente es que otros intelectuales, no menos individualistas, los adquieran para sepultarlos igualmente, en la cueva inaccesible de sus estudios o gabinetes, permaneciendo, así, todo este precioso material, sustraído, a veces por siglos, al acceso del pueblo y sin que contribuya al mejor desarrollo de las letras, las artes y las ciencias.

Ese egoísmo individualista de los intelectuales resulta extraordinariamente más nocivo en países como el nuestro que carecen de bibliotecas, archivos y museos de carácter público que merezcan el nombre de tales. Y bien puede afirmarse que una de las causas del gravísimo estado de analfabetismo e incultura en que vive el pueblo cubano

desde los tiempos coloniales hasta los días presentes es esa falta casi absoluta de instituciones educativas y culturales, tan imprescindibles en todo pueblo civilizado contemporáneo, como son bibliotecas, archivos y museos.

Y aún ocurre algo más lamentable: que en épocas diversas han sido saqueados por intelectuales, para su provecho personal, los pocos museos, archivos y bibliotecas públicos existentes en Cuba; y en otros casos, los fondos de las bibliotecas, archivos y museos particulares han ido a parar, en vida o a la muerte de sus dueños, a manos extrañas, a otros museos, archivos y bibliotecas, pero no de Cuba, sino de los Estados Unidos o de Europa.

Figarola-Caneda poseyó la virtud opuesta a ese que bien podemos calificar de gravísimo vicio.

Comenzó, como ya he dicho, por dar sus libros para que pudiera fundarse la Biblioteca Nacional.

Después, tuvo su biblioteca privada, pero en ella no había una sola obra que no poseyese la Biblioteca Nacional, de manera que jamás adquirió un libro para sí, si éste no estaba ya en la Biblioteca Nacional; y cuando se daba el caso de que alguien le dedicase una obra nueva, pedía otro ejemplar para la Biblioteca Nacional o donaba a ésta el que le habían regalado.

Su archivo se componía de aquellos documentos y fichas recogidos para escribir las obras que proyectaba, y, bien entendido, aquellas piezas nunca procedían de archivos o bibliotecas oficiales.

No fué acaparador egoísta de libros y documentos. Unos y otros estaban siempre al servicio de cuantos, amigos o conocidos, acudían a él en consulta de algún dato u orientación para escribir un trabajo. Sólo exigía seriedad en la investigación y redacción del artículo periódico o del libro. Y si el tema lo merecía, incitaba al demandante a agotarle, ofreciéndole su ayuda, para que llevase a cabo un trabajo acabado, exhaustivo, sobre aquel personaje o acontecimiento histórico.

—Mira —le oí decir muchas veces, me dijo a mí más de una— ¿ves todas estas cajas?, pues contienen fichas sobre el asunto de que tú quieres escribir. Las pongo a tu disposición si no eres una mariposa. (El llamaba “mariposa” a los que sólo libaban unas cuantas gotas, saltando de tema en tema, sin profundizar en ninguno, y recuerdo que así me calificó a mí cuando en los comienzos de mi carrera periodística le pedía algún dato insignificante para algún artículo de ocasión).



Me enorgullezco de haber aprendido correctamente esta admirable lección de noble desprendimiento que dió, con su ejemplar conducta como intelectual, Figarola-Caneda.

Así, cuando en 1939, logré que el entonces Alcalde de esta Capital, Antonio Beruff Mendieta, acomodase un local en el Palacio Municipal para la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, a mi cargo, donde además del trabajo de publicaciones, sería instalado el Archivo Histórico Municipal, juzgué llegado el momento oportuno, con el pensamiento puesto en el ejemplo de Figarola-Caneda, de poner mi biblioteca particular al servicio del pueblo, en uno de los salones del nuevo local que en la planta baja de la Casa de la Ciudad se me había proporcionado.

Participé la idea a mis compañeros de los Amigos de la Biblioteca Nacional y todos la encontraron excelente, aunque con una importantísima ampliación: que también sus bibliotecas particulares fuesen puestas al servicio del pueblo.

Pero únicamente se disponía de muy reducido espacio. ¿Cómo resolver el problema? Muy sencillamente; la biblioteca estaría integrada: a) por libros depositados de manera permanente en la Oficina del Historiador de la Ciudad, y que, al efecto, serían facilitados por éste, de los que poseía en su biblioteca particular; b) por libros pertenecientes a las bibliotecas privadas del Historiador y de los demás compañeros de la sociedad Amigos de la Biblioteca Nacional, quienes, por medio del Historiador de la Ciudad y en su Oficina, ponían sus respectivas bibliotecas particulares al servicio público prestando sus libros, siempre que fuesen solicitados por los lectores, encargándose la Oficina del Historiador de enviar a recoger y devolver las obras en esta forma pedidas; y c) por libros pertenecientes a las bibliotecas privadas de otras personas que al efecto los ofrecieren, previo informe aprobatorio del Historiador de la Ciudad.

Esos intelectuales facilitarían sus libros. El Municipio de La Habana, el local y los empleados.

El Historiador de la Ciudad sometió esta idea al alcalde doctor Antonio Beruff Mendieta, quien la aprobó, creando oficialmente la Biblioteca por decreto número 152, de fecha 6 de junio de 1938.

La Biblioteca fué inaugurada en la mañana del 11 de junio de 1938, con la asistencia de las más destacadas personalidades de nuestro mundo intelectual. Pronunciaron breves palabras alusivas al acto el alcalde doctor Beruff Mendieta, el doctor José María Chacón y

Calvo, director de Cultura de la Secretaría de Educación, los historiadores doctores Enrique Gay-Calbó y Emeterio S. Santovenia.

Expresé en dicho acto:

Profundo orgullo nos inspira el hecho de que hayan sido los cubanos los primeros intelectuales del mundo que, rompiendo con la tradicional avaricia que para sus libros tienen los hombres de letras, hayan puesto sus bibliotecas particulares al servicio público, socializándolas en provecho de la difusión de la cultura en nuestro pueblo. Demostramos así, además, que si desde hace años venimos demandando de nuestros gobernantes el inmediato remedio a la profundísima crisis que sufre nuestra llamada Biblioteca Nacional, y la creación de bibliotecas públicas en todas las poblaciones de la República, no nos conformamos con criticar y pedir, sino que predicamos con el ejemplo, poniendo al servicio del pueblo, si no dinero, porque no lo tenemos, sí lo que para nosotros constituye nuestra fortuna: nuestros libros.

Poco después de la inauguración de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana, el señor Valentín García, dueño de la librería Minerva, en esta Capital, ofreció facilitar, para su consulta en la Biblioteca, todas aquellas obras existentes en su establecimiento que no se encontrasen en las bibliotecas particulares de los intelectuales que habían hecho de ellas prestación generosa para uso y estudio del pueblo de La Habana.

Ante el éxito alcanzado con ese experimento de socialización de bibliotecas privadas, al fundarse en mayo de 1940 la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, que desde entonces preside el autor de este trabajo, se estableció en su Reglamento un artículo que dice así:

Todos los socios titulares deberán poner sus bibliotecas particulares al servicio público, al través de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana, que será integrada por estas aportaciones individuales, pero conservando cada socio la propiedad de las obras en tal forma facilitadas. La junta directiva resolverá todo lo concerniente al lugar y funcionamiento de esta Biblioteca.

Con esta disposición se aseguraba este servicio público cultural para el futuro, y aun en el caso de que no pudiese seguirse prestando en el lugar en que hoy se realiza.

Al conceder en 1941 el alcalde doctor Raúl G. Menocal locales muchos más amplios para la Oficina del Historiador de la Ciudad,

en el entresuelo del Palacio Municipal, y respondiendo al mismo tiempo a las demandas del público, llevé de modo permanente a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana nuevos fondos de mi biblioteca particular y desde entonces en lo adelante hicieron valiosas prestaciones, también permanentes, Raquel Catalá, Julio Villoldo, José L. Franco, J. M. Bens Arrarte y Mario Guiral Moreno; aparte de las demás prestaciones, en la forma arriba indicada, de los otros miembros titulares de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales: Jenaro Artiles, Gerardo Castellanos G., Julio Le-Riverand, Gonzalo de Quesada, Herminio Portell Vilá, Manuel Bisbé, Salvador Massip, M. Isidro Méndez, Antonio Alvarez Pedroso, Joaquín Lla-verías, Oswaldo Morales Patiño, Rafael Azcárate, Julián Martínez Castells, René Herrera Fritot, Fernando Portuondo, María Josefa Arrojo, Hortensia Pichardo, Leví Marrero, Manuel I. Mesa Rodríguez, Fernando Royo Guardia, Carlos Rafael Rodríguez, Berta Ugidos y Miguel Varona Guerrero.

Pero ese espíritu de servicio social en asuntos culturales pudo ser llevado a la práctica, gracias al concurso de la Oficina del Historiador de la Ciudad, y ha recibido amplísimas proyecciones con el magnífico ejemplo dado por nuestro compañero Francisco González del Valle, al dejar en su testamento literario todos los libros cubanos y sobre Cuba, de su propiedad, a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana, donde se encuentran a disposición del público, así como buena parte de su archivo privado.

Este empeño de ser útil fué una de las grandes virtudes de ese ejemplar historiador y ciudadano, el primero desaparecido físicamente, de entre los miembros de los Amigos de la Biblioteca Nacional y de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Porque además él fué guía y consejero en las investigaciones y estudios de sus compañeros y ejemplo admirable de trabajador intelectual, incansable aún durante su penosa y larga enfermedad, hasta la misma semana de su muerte, y de altísima ejecutoria moral y cívica, es por lo que la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, a propuesta de Julio Villoldo, acordó dar su nombre esclarecido a la Biblioteca Histórica Cubana y Americana, acuerdo que se cumplió en la tarde del 11 de agosto de 1944 al develarse la tarja que así lo señalaba a los visitantes, situada a la entrada de la sala de depósito de la Biblioteca. Con ese motivo se efectuó una sencilla y conmovedora ceremonia de recordación, a la que asistieron la viuda, hijos y

otros familiares del desaparecido, y los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y de los Amigos de la Biblioteca Nacional. La clasificación y catalogación de los fondos de la Biblioteca se está realizando por el sistema llamado "Decimal", de Mr. Melvil Dewey, con las adaptaciones indispensables a las necesidades de la producción bibliográfica cubana e hispanoamericana.

Al ser trasladada, por iniciativa y realización del alcalde señor Nicolás Castellanos Rivero, la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, al Palacio de Lombillo, en la Plaza de la Catedral, quedó instalada la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle en varios y amplios salones del citado edificio.

Es positivamente algo original, algo nuevo, algo único en el mundo, lo que por medio de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle, adscrita a la Oficina del Historiador de la Ciudad, se está realizando desde hace varios años: las obras valiosas y poco conocidas, que hasta ahora se conservaban en el retiro de las bibliotecas privadas de algunos amantes de las letras y de la historia, se encuentran a la libre disposición de todos los habitantes y visitantes de La Habana que deseen conocerlas.

En junio de 1948, la Biblioteca recibió un cuantioso y rico donativo, especialmente en obras cubanas, del doctor Raúl de Zárraga.

Y en distintas ocasiones ha sido enriquecida con aportes de obras cubanas e hispanoamericanas, por el señor Víctor M. Heres.

Véase cómo aquel donativo que de sus libros hizo en 1901 Domingo Figarola-Caneda al pueblo de su patria, y gracias al cual pudo fundarse la Biblioteca Nacional, tuvo al cabo de los años extraordinaria proyección en la Biblioteca Histórica Cubana y Americana Francisco González del Valle.

Pero el nobilísimo gesto de Figarola-Caneda, la consagración de su vida al servicio de la causa de la cultura —que es también la causa de la Patria—, no supieron o no quisieron entenderla o apreciarla algunos de sus conciudadanos, especialmente por los gobernantes y políticos, que manifestaron como ya apunté, antipatriótica indiferencia u hostilidad para la Biblioteca Nacional, y atacaron, tan dura como injustamente, la labor que en ella realizaba el ilustre cubano que la dirigía.



En junio de 1910, al discutirse en la Cámara de Representantes el proyecto de Presupuestos Nacionales que debía comenzar a regir desde el 1º de julio de ese año, se produjo el hecho, incomprensible en un país cuyo pueblo había luchado durante treinta años por la independencia y la libertad, y con ellos por la civilización y la cultura, de unirse un representante del partido del gobierno (el Liberal), nada menos que el propio presidente de la Cámara, el doctor Orestes Ferrara, y uno del partido de la oposición (el Conservador), el doctor Ezequiel García Enseñat, para demandar la rebaja de las misérrimas consignaciones de que disponía la Biblioteca Nacional, y dirigir, además, el segundo, crueles ataques a su director Domingo Figarola-Caneda.

La obcecación politiquera, en el primer caso, y la incomprensión, en el segundo, perturbaron de tal manera la mente de aquellos congresistas, hombres de letras ambos, que el doctor Ferrara sostuvo que la retribución de \$3,000.00 anuales asignada al director de la Biblioteca, debía rebajarse a \$2,400.00, suprimirse la partida de \$360.00 para "gastos varios", y dejarse de editar la revista que venía publicando Figarola-Caneda, porque con ello se mermaba la cantidad de \$2,400.00 para compra de libros, en vez de aumentar esta suma y destinar otra, específicamente, a la publicación de dicha revista, sobre la que expuso este peregrino concepto.

No conozco revistas que salgan de oficinas públicas; conozco boletines de información, conozco papeles que se publican debido a necesidades especiales de la organización administrativa, pero una revista, en el concepto esencial que esta palabra indica, no puede estar nunca hecha en ninguna oficina.

También dijo el doctor Ferrara refiriéndose a los \$300.00 dedicados a "material ordinario":

he entendido que debía dejarlos, aun cuando me pareciese la cantidad un poco exagerada

Y el doctor Ezequiel García expresó:

Respecto a la Biblioteca yo no creo que en Cuba hay una Biblioteca Nacional: estimo que hay un mal depósito de libros un deplorable almacén de libros, y para ello basta sentar este principio: que ese gran centro, tan bien atendido, hace diez años que está fundado, y no tiene catálogo aún. Es decir, nadie sabe



lo que allí existe, no se puede leer lo que hay, hoy nadie sabe si el libro que busca, allí se encuentra. Y esto no es nada: aquellos libros hasta cierto punto raros están junto a libros contaminados de gusanos.

¡Qué dolor me produce que hombre tan inteligente y culto y tan buen cubano, y excelente amigo mío, convirtiese el problema de la Biblioteca Nacional, la que con todo desinterés, con el mayor entusiasmo, trataba de llevar adelante Figarola-Caneda, en un asunto personal, en vez de enfocarlo como lo que era en realidad: una cuestión de trascendental interés nacional, y que no luchase, con el respaldo que le daba su autoridad de hombre de letras y de dignísimo ciudadano, por levantar, engrandecer y consolidar la Biblioteca Nacional!

Que los defectos de ésta —grandísimos defectos— no eran culpa de Figarola-Caneda, sino de la incuria oficial de todos los gobiernos, lo prueba el hecho tristísimo de que, años más tarde, cuando fué Secretario de Instrucción Pública el propio doctor Ezequiel García, no pudo hacer absolutamente nada en beneficio de la Biblioteca Nacional.

Frente a aquellos ataques a la Biblioteca y a su Director, alzaron su voz de defensa de una y otro, sólo dos representantes.

El general Enrique Collazo, veterano de nuestra Guerra Libertadora de los Treinta Años, cubano ejemplar en la Revolución y en la República, e insigne historiador de aquella contienda, habló así:

La Biblioteca Nacional, por su significación, debía ser una institución que debiera contar con el apoyo del Gobierno para su desarrollo. Veo que, por el contrario, no es ya, siquiera sólo ni esta enmienda que se propone, ya lo que se trata es de matarla; en vez de ayudar al desarrollo de la Biblioteca, se trata de acortar, cada presupuesto, los recursos que se dan para que eso pueda tener desarrollo. Una Biblioteca Pública es un centro de instrucción en el cual el Gobierno debe poner empeño en su desarrollo: aquí sucede lo contrario. El presupuesto del año de 1907 a 1908 tenía para gastos de la Biblioteca Nacional 21,860 pesos; en el presupuesto siguiente, de 1908 a 1909, fué rebajado a \$13,520; en el que se propone, se rebaja a \$12,140, sin contar con las rebajas que hemos de ponerle ahora por la enmienda que se presenta. Si se quiere matar la Biblioteca, mátese de una vez, pero no se la haga morir de inanición, quitándole fibra a fibra y pelo a pelo lo único que puede tener para poder vivir. Estos datos son más elocuentes que todo lo que yo pueda decir: en tres años, de \$21,860 a doce mil y pico, sin contar con las

rebajas que se presentan, es casi querer suprimir por completo la Biblioteca Nacional de Cuba, creada con mucho trabajo por un hombre laborioso y honrado que empezó por traer su caudal para ponerlo allí. Pues si se quiere matar, matémosla, pero no lo hagamos dejando falto de medios de sostenerse un centro de esa índole, que no se puede sostener con los recursos que se le dan.

Refiriéndose directamente a las deficiencias de organización y dirección señaladas por el doctor Ezequiel García, dijo el general Collazo:

El señor García dice que yo he hablado de personas y cosas: yo generalmente no personalizo, lo he dicho a la Cámara en general, y marcado la forma en que se están rebajando los presupuestos de la Biblioteca Nacional, a la que el señor García, con muy buena voluntad, llama almacén de libros. Yo, verdaderamente, no estoy en las condiciones del señor García; yo he ido a la Biblioteca Nacional, como no soy literato ni nada de eso, yo he ido allí dos o tres veces y he encontrado los libros que buscaba. Libros de la historia patria...

El doctor García Enseñat le interrumpió:

—Ha sido usted muy dichoso...

A lo que replicó el general Collazo:

Yo supongo que el señor García debía conocer todo esto; yo no he visto las grandes bibliotecas de Europa, porque cuando he estado en ella he estado de corrido y no he podido conocerlas; yo supongo que no me voy a poner en litigio con el señor García, que en esas cosas es una notabilidad, yo lo comprendo así y me complazco en proclamarlo.

Lo que he querido decir es que si desde el año anterior se había rebajado de 21 a 12, y todavía se quiere rebajar más, de lo que aquí se trata es de matar la Biblioteca Nacional o el almacén de libros, como decía con mucha gracia el señor Ezequiel García, si se quiere matar, que se mate, pero si no se quiere matar, que no se rebaje.

Intervino en el debate el doctor Roque Garrigó, notable abogado e historiador, para reforzar la defensa de la Biblioteca Nacional, que

había realizado el general Collazo, pronunciando estas juiciosas y muy patrióticas palabras:

Sinceramente voy a declarar que estoy bajo una impresión penosísima, al ver que la Cámara esta noche está haciendo reducciones en la parte técnica del Departamento de Instrucción Pública; y muy especialmente me ha disgustado la enmienda que propone el señor Ezequiel García sobre la Biblioteca Nacional. Y como entiendo que los hombres se deben a la verdad, a la verdad que ellos conocen, yo he de decir a la Cámara, para que ella lo sepa, a título de información, las verdades que yo conozco respecto al Departamento que se denomina Biblioteca Nacional. Tres veces he tenido necesidad de ir a ella. La primera fué a pedir un autor especial, y en seguida se me sirvió; la segunda fué a pedir libros sobre determinada materia y se me dieron tantos, que no pude consultarlos todos; la tercera fué para hacer una visita al Departamento.

*Sr. Fuentes Borges (interrumpiendo):* ¿No pidió libros entonces?

*(Risas).*

*Sr. Garrigó y Salido:*

No señor, pero puedo asegurarle a la Cámara que si no pedí libros, vi muchos libros y los vi perfectamente clasificados y ordenados, y no vi en ninguna parte ni polillas ni trazas, ni volúmenes llenos de insectos que contaminen, como decía aquí el señor García, pero la vi toda, y la vi recientemente, porque no hace aún dos meses que la visité a ese simple propósito. Por lo demás, yo quiero decirle a la Cámara una cosa que me parece muy natural. El señor García quiere, y parece que esa es la intención de su enmienda, que nosotros empecemos en Cuba por tener una Biblioteca Nacional igual a la de Washington, y me parece, señores, que estamos fuera, absolutamente fuera de la realidad.

Yo no conozco ningún país del mundo, ninguna institución de ninguna clase ni de ninguna naturaleza cuya evolución haya empezado por el final; tiene que empezar por lo elemental tiene que ser rudimentaria, y si nosotros tenemos ya los rudimentos en malas condiciones por su edificio, pero dignos y hermosos por la naturaleza de que están intrínsecamente organizados, porque no podemos tener grandes edificios y millones de volúmenes, ¿hemos de ir contra lo que empieza, contra lo incipiente? Yo propongo, señores, que la Cámara vea bien lo que está haciendo, que estamos asestándole golpes rudos a lo que constituye una honra de Cuba.

Yo no sé si los que dirigen o administran ese Departamento lo hacen mal, pero si es que lo hacen mal, que se quiten, pero

no porque haya quien haga mal las cosas, que se maten, que se arruinen, que se derriben las instituciones. Es cuanto tenía que decir.

No fueron éstos los únicos injustos ataques que recibió Figarola-Caneda de sus contemporáneos.

Si éstos de Ferrara y García Enseñat fueron lanzados en público y en vida del benemérito cubano, con el propósito de destruir la obra por él realizada en la Biblioteca Nacional, también fué víctima, después de fallecido, de las más bajas, rastreras y cobardes acusaciones por parte de quien fué prototipo entre nosotros del "envidioso literario": el médico español e "historiador" españolista Manuel Pérez Beato.

Véase, en esta carta del distinguido historiador y profesor doctor Huberto Valdívía, hasta qué extremos de implacable difamación llegó en sus odios Pérez Beato, mucho más si se tiene en cuenta que esas manifestaciones contra Figarola-Caneda fueron hechas, como ya dije, muchos años después de fallecido éste:

Agosto 25 de 1945.

Dr. Emilio Roig de Leuchsenring,

Dr. Emeterio Santovenia y

Cap. Joaquín Llaverías.

Ciudad.

Distinguidos compañeros:

Como ustedes saben, hace aproximadamente quince años estoy trabajando sobre la vida y obra de mi conterráneo: Francisco Calcagno.

En mis investigaciones personales tengo la que me reveló el doctor Manuel Pérez Beato, que la puedo resumir así:

"Los errores del *Diccionario* de Calcagno no son propiamente de él. Más bien son culpas de su discípulo Figarola-Caneda, a quien Calcagno confiaba los originales y pruebas de imprenta de las distintas biografías. Figarola-Caneda intencionalmente cambiaba y alteraba los datos, tanto en los originales como en las pruebas que debía rectificar".

Esta opinión, que, en distintas ocasiones me ratificó el doctor Pérez Beato, nunca pude conseguir que me la entregase manuscrita y con su firma. Y conste que en distintas ocasiones fuí a verle y en otras le escribí.

Como es mi más ardiente anhelo reivindicar a Calcagno en lo que tanto le critican, en su *Diccionario*, es por lo que acudo a

ustedes para que me den su autorizada opinión sobre el particular, para añadirla a las ya recopiladas, en mi afán de esclarecer la verdad y engrandecer y justificar al guinero ilustre.

En espera de ser complacido en mi petición, quedo de ustedes, con la mayor consideración y gratitud.

Dr. Huberto Valdivia.

Di cuenta de esta carta a mis amigos y compañeros el doctor Emerio S. Santovenia y capitán Joaquín Llaverías.

Del primero recibí la siguiente respuesta, que compartió totalmente el segundo, y la hicimos saber al doctor Huberto Valdivia:

La Habana, 11 de septiembre de 1945.

Sr. Dr. Emilio Roig de Leuchsentring.

La Habana.

Mi querido amigo:

Tengo el gusto de referirme a tu afectuosa carta de 31 de agosto último, relativa a la falsa imputación que aparece hecha por el finado doctor Pérez Beato a nuestro inolvidable maestro don Domingo Figarola-Caneda, atribuyéndole los errores que contiene el *Diccionario Biográfico Cubano* de Calcagno.

Creo que tú, Llaverías y yo podemos dirigir una carta al doctor Huberto Valdivia y declarar en ella enfáticamente que, a nuestro juicio, como concedores de la vida y moral de Figarola-Caneda por haber gozado de su amistad y sus enseñanzas por espacio de varios lustros, tiene el carácter de absoluta falsedad cualquiera imputación que se le haga en el sentido de haber adulterado la verdad histórica en obras propias o ajenas, toda vez que una de las más bellas prendas de su conducta fué la probidad intelectual.

Podemos tener cuando tú desees el cambio de impresiones que me indicas en tu expresada carta.

Me reitero tuyo afectísimamente y compañero,

Emeterio S. Santovenia.

La falsedad de las imputaciones de Pérez Beato a Figarola-Caneda queda, además, demostrada por este último, quien siempre reveló profesar profunda y sincera amistad y entusiasta admiración por Calcagno y elogió reiteradamente el *Diccionario Biográfico Cubano*.

Nada menos que cuatro trabajos consagró Figarola-Caneda a Calcagno.

El primero en *El País*, de La Habana, el 2 de enero de 1887, y el segundo y tercero, respectivamente, el 30 de mayo y el 10 de julio

del mismo año, en la revista *La Ilustración Cubana*. En los tres llama la atención del público de nuestro país sobre la aparición del *Diccionario*, libro que califica de "importante obra", señalando que su autor ha venido trabajando en él,

con laudable constancia, durante más de veinte años, animado de fervoroso sentimiento patriótico, que lo alentaba en sus largas y laboriosas vigili-  
as.

Estima que el *Diccionario*

no es solamente una galería patriótica: es también una historia de Cuba, de la que cualquiera puede extraer abundante caudal de conocimientos para el ramo que cultive.

Y como el elogio de Figarola-Caneda no es inconsulto, se anticipa a refutar la tacha que pudiera presentarse al libro, de adolecer de algunas faltas, declarando que éstas

habrán de ser de leve importancia comparadas con la utilidad que el esfuerzo de un hombre laborioso secundado por algunos colaboradores y con el apoyo nunca desmayado de su editor, acaba de proporcionar al público dando a luz un libro tan necesario, y el primero de su clase entre nosotros.

Y recomienda

encarecidamente a nuestros amigos que adquieran el *Diccionario Biográfico Cubano*, contribuyendo de esta manera a evitar que el mal éxito de esta publicación sea justo motivo de desaliento para cuantos quieran, como su autor, consagrar su tiempo a serios estudios y dar cima a tareas útiles como la que él ha terminado.

¿Puede suponerse, en quien de manera tan decidida y abierta elogia a un escritor y su obra y recomienda ésta, la falsía que le imputa Pérez Beato? Seguramente éste conocía esos dos trabajos y los otros dos que citaré en seguida, que echaban por tierra su calumnia, y por conocerlos, nunca llegó a entregar por escrito al doctor Huberto Valdivia, sus ataques contra Figarola-Caneda, esperando que su dicho calumnioso fuese recogido por el biógrafo de Calcagno y utilizado para exculparlo de los errores de su *Diccionario*, maquinación que frustró la honradez intelectual del doctor Valdivia.



Pasan los años; la amistad y admiración de Figarola-Caneda por Calcagno no se han debilitado en lo más mínimo, y al ocurrir la muerte de éste el año 1903, Figarola-Caneda le dedica un artículo necrológico en *El Figaro*, del 26 de abril —*Recuerdos y notas*—. Rememora la estrecha amistad que le unió a ese

cubano de mérito... uno de mis maestros de colegio más distinguido y con quien he estado en relaciones desde 1865;

cómo puso a su disposición su biblioteca particular; la asidua concurrencia de ambos, con Antonio Guiteras y Emilio Blanchet, al Ateneo de Barcelona, en 1888; los tiempos posteriores de vida habanera; cómo, en plena Exposición de París, el año 1900, fué Calcagno a abrazarlo al hotel donde se hospedaba y a relatarle

el interés con el cual durante la guerra leía en el Ateneo barcelonés *La República Cubana*, que yo enviaba desde París, y a evocar los recuerdos de sus campañas por las libertades de Cuba, y con particularidad por la dignificación de la raza de Plácido y de Manzano, de Maceo y de Severino Heredia.

Estos recuerdos los revive Figarola-Caneda “con tristeza” por la eterna desaparición del “muerto querido”. Ofrece su retrato físico de los últimos años y, su retrato moral:

había en sus ideas y en su lenguaje esa melancolía que se apodera del hombre observador que ha vivido largos años, y que ha visto y estudiado mucho para darse exacta cuenta de la realidad de todo lo humano; y sin embargo, esto no pudo contribuir en nada a hacerle desmayar en su fe por la rehabilitación y el engrandecimiento de la raza latina, y su folleto *La República*, única salvación de la familia cubana, de igual modo que su entusiasta colaboración en *El Mundo Latino*, de Madrid, son buena muestra de esto que afirmamos.

Da Figarola-Caneda en ese trabajo “un catálogo breve e incompleto de sus obras, ya que otra cosa no me es posible ahora”, y celebra, por sobre todas, entre ellas, el *Diccionario Biográfico Cubano*: “su obra de más importancia y que le garantiza puesto bien ganado en nuestra historia literaria”. Y aunque reconoce la existencia en ella de algunos errores, los considera de poca monta, y afirma que “el autor prestó

con esta obra un servicio excepcional a su país". Aquí ofrece Figarola-Caneda el más rotundo mentís a la calumnia que años después le levantó Pérez Beato, pues entre dichos errores señala los cometidos "en la corrección de las pruebas". ¿Cómo era posible que si —según el dicho de Pérez Beato— "Figarola-Caneda intencionalmente cambiaba y alteraba los datos, tanto en los originales como en las pruebas que debía rectificar", se acusase él mismo de las faltas registradas por la mala revisión de las pruebas de imprenta?

Queda, pues, Figarola-Caneda, como el lector ha visto, totalmente a salvo de las mendaces imputaciones con que trató de difamarlo Pérez-Beato. La honradez personal e intelectual del venerado amigo y maestro resplandece con la propia luz de su vida y de su obra; de sus virtudes ciudadanas; de su amor sin límites a las letras; de su empeño de mantener en sus investigaciones y sus estudios la verdad histórica, sólo la verdad y toda la verdad, y de enseñarla a mantener a los que fuimos sus discípulos.

Y en cuanto a Pérez Beato, no es menester enjuiciarlo: él, de por sí sólo, se enjuicia. . .

Entre las cualidades sobresalientes del carácter de Figarola-Caneda, debe ser citada en primer término ésta a que ya me he referido: su desbordado amor a Cuba. Perteneció a esa generación maravillosa de cubanos que, no obstante haber nacido en la sentina de la colonia, poseyeron las virtudes opuestas a los vicios que constituían el clima natural de aquella sociedad fundamentada en la esclavitud, la injusticia, la explotación y la tiranía. Y su pasión por la libertad lo hermanaba con los magníficos rebeldes, apóstoles, héroes y mártires de nuestra gesta emancipadora.

Su rectitud, honradez y desinterés inquebrantables lo convertían en el prototipo del ciudadano que Martí quiso forjar para su República: el que sirve a su patria y no se sirve de ella.

Como certeramente lo supo ver y juzgar Francisco González del Valle, para Figarola-Caneda

no había más que una línea: la recta, y no se apartó de ella. Y un culto: el deber.

Antítesis del hipócrita, tuvo, según expresa ese gran amigo suyo, y mío,





una personalidad bien definida e inconfundible. Se mostraba a todos tal cual era, y el que lo trataba, aunque fuera por poco tiempo, en seguida lo conocía. Su sinceridad resultaba excesiva, por lo desacostumbrada, y ella le ocasionó más de un disgusto. Pero como nadie podía dudar de su rectitud de principios ni de sus buenas intenciones casi todos al fin le admiraban o querían, siendo pocos los que se apartaban de él.

De su desinterés ya he citado la prueba elocuentísima que dió donando su biblioteca para que pudiera fundarse la Biblioteca Nacional. En contraste absoluto con los politicastros y desgobnantes, era un hombre totalmente libre de la esclavitud del dinero. Su modestísimo sueldo de Director de la Biblioteca Nacional le bastaba para sostener su pisito en el entresuelo de Cuba 24, y esto, a pesar de que aquellas muy escasas entradas quedaban mermadas todos los meses por la adquisición de libros para la Biblioteca —la Nacional, o la suya— y por los gastos de publicación de sus obras.

Fué el modelo de lo que debe ser el buen funcionario. Aquí, donde casi siempre se aspira al sueldo y sus gajes, importando poco el puesto y mucho menos la capacidad para el mismo, Figarola-Caneda, con condiciones superlativas para la dirección de la Biblioteca Nacional, consagraba todas las horas del día y de la noche —salvo las escasas destinadas al sueño— a aquella institución, pues su propia labor de bibliógrafo, investigador, historiador y publicista eran cabal complemento del cargo oficial que desempeñaba.

Bibliógrafo, bibliófilo, y bibliotecónomo eminente, los libros para él no eran una ficha, una tarjeta o un hueco en un estante, ni representaban el pretexto para encasillarse en una nómina del Estado. Ni era tampoco un coleccionista de volúmenes, sin más mira que el objeto en sí coleccionado. Muy por el contrario, los libros eran parte intrínseca de su propia existencia, casi podría decir que su razón de ser. Los quería, como hermanos, como amigos; y también los consideraba como enemigos, pero enemigos a los que es necesario conocer bien para librarse de sus ataques, no ya en el orden personal, sino en lo que a la Patria se refería. Y para aquellos libros que se la dañaban, o dañaban a sus figuras próceres, tenía la misma intransigente y combativa actitud que siempre guardó —como mambí irreductible— para los guerrilleros y los voluntarios, para los déspotas Vives, Tacón, Concha, O'Donnell, Weyler, o para los cubanos traidores y vendepatrias. Ya vimos que en la Cámara de Representantes

se le censuró que la Biblioteca no tenía catálogo. Incierto, aunque no lo tuviera completo, porque imposible era tenerlo al día con el escasísimo personal de que siempre pudo disponer. Pero es mentira inadmisibles que quien a la Biblioteca Nacional acudiese en busca de una obra no se la sirviese por ignorarse si allí se encontraba. Don Domingo —o *Madame* o *Carlitos* Villanueva, sus auxiliares eficientísimos— podían ir a buscarla a ciegas, sin la menor vacilación. Y Figarola-Caneda sabía, además, la pequeña historia de ese volumen, la biografía de su autor, y si el lector estaba dispuesto a escucharlo, conocería el juicio que le merecía la obra. ¡Ah!, y si era un libro cubano... Véanse en estas líneas de la carta que escribió a su amigo y mi amigo, el ilustre historiador Gerardo Castellanos, al recibir un ejemplar de su obra *Andanzas y atisbos*, en el que dedica un capítulo a Figarola-Caneda, cuáles eran para él los “libros cubanos” y cuánto los amaba:

Todo el libro de V. es un libro cubano, donde palpita junto a la verdad el sentimiento patrio, donde a los que se han ido no se les olvida, sino se les recuerda y se les juzga merecidamente, para constante ejemplo de todos aquéllos que les deben la patria libre y soberana, muy lejos de España, pero muy lejos, muy lejos. Como el de V. son los libros que debieran publicarse siempre, para enseñanza y provecho de los cubanos, quienes no deben olvidar que entre sus obligaciones primordiales habrá de contarse siempre el conocimiento exacto y detallado de la historia de su independencia.

Sin que ello mermara en lo más mínimo los quilates de su acendrado patriotismo, Figarola-Caneda demostró profunda simpatía por Francia y entusiasta admiración por la cultura francesa, sentimientos que intensificaron sus viajes a aquella nación y su larga estancia en París.

Como demostración muy relevante de la sinceridad de estos sentimientos, envió a su único hijo —Herminio— del que ya he hablado, a educarse a París, pues como ha recogido Gerardo Castellanos,

la inteligencia del chico le hizo fundar tantas esperanzas, que cuando estuvo en edad y condiciones de empezar los estudios, de acuerdo con sus simpatías por Francia, y convencido de que sólo en París podía educarse en forma la juventud, allá lo trasladó y puso en un pensionado.

Pero, como el padre, el hijo se conservó muy cubano, tan cubano que, según conoce el lector, cuando sonó de nuevo, en el 95, la campanada de la Libertad, dió a un lado la búsqueda que hacía de documentos sobre la cuantiosa herencia de su madre, y se fué a pelear, y a morir, por la independencia de su patria. Refiere Castellanos que

vagamente habló de su propósito al padre que, a pesar de su amor, le dijo que hacía bien en cumplir con el mandato de su conciencia.

Don Domingo se enorgullecía loando las glorias de Francia, la lucha de su pueblo por la libertad, la igualdad y fraternidad para los hombres de todo el universo; las grandezas de su arte, de su literatura. Y este tan fundado entusiasmo por Francia se reflejaba en la Biblioteca Nacional, con la adquisición de las obras maestras de la patria universal de la cultura. Y a París enviaba a encuadernar los libros de la Biblioteca y los suyos. Y hasta algunos de sus amigos aprovechábamos la gentileza sin límites de *Madame* Figarola para encuadernar también, en París, nuestros libros, pues ella se encargaba, con todo cariño, de remitirlos y recibirlos.

Para don Domingo y *Madame* fué día felicísimo aquél en que recibieron la noticia de habérseles concedido por el Gobierno francés las *Palmas de Oficial* de la *Legión de Honor*. Cuenta Castellanos que don Domingo no esperaba tal galardón:

Tampoco le quería. Era demasiado. No habían contado con él para otorgárselo. Sí, había laborado mucho por las letras francesas; pero sin jamás soñar que su esfuerzo merecía tanto premio. No gustaba de honores. Con todo respeto declinaba la extraordinaria mención. Estaba conforme con sólo saber que hacía justicia difundiendo el prestigio de Francia.

Ante la insistencia del doctor Luis Morales y otros amigos, aceptó al fin.

La intransigente firmeza con que defendía sus ideas, sus principios y sus sentimientos la hacía valer también en lo referente a cuestiones religiosas. Respetaba las creencias de los demás, pero se volvía airado cuando se trataba de tergiversar el modo de pensar de sus amigos o el suyo propio. No militó en ninguna religión positiva. A Castellanos le declaró, sinceramente: "No tengo un átomo de religioso. En nada creo".



Y yo, del mismo modo que no he tenido inconveniente alguno en facilitarle la práctica de sus creencias religiosas, a mis familiares más queridos, o de defender la irreligiosidad de otros, también hube de velar, con todo celo, para que no perturbaran a don Domingo, durante su postrera enfermedad, en su arraigado ateísmo.

Y recuerdo que, con esa insistencia de mortificante proselitismo de que hacen gala algunos parientes, revelando falta imperdonable de respeto a lo más sagrado del ser humano —sus ideas, sus principios, sus creencias— cuando llegó al Cementerio el cadáver de don Domingo, ya tenían preparado algunos de sus familiares el consabido responso ante su tumba, y *Madame* se me acercó y me dijo:

—Emilio: usted sabe cómo pensaba Domingo. Impida que profanen su cadáver con esas ceremonias.

Y no lo profanaron.

Después de larga y penosísima enfermedad, murió Figarola-Caneda el 14 de marzo de 1926, a los 74 años de edad, en su pisito de Cuba 24, fidelísimamente confortado por los cuidados de su ejemplar compañera y esposa, y visitado a diario por sus amigos. Fué tendido su cadáver en el edificio de la Academia de la Historia, Chacón y Cuba, y el entierro se efectuó a las cuatro de la tarde del día siguiente.

Si bien las crueles dolencias que padeció, abatieron su energía física, conservó hasta pocas horas antes de morir su lucidez mental y la firmeza de sus convicciones. Tuvo, como antes Sanguily y después Varona, muerte acorde con su vida. ¡Ancianos gloriosos fueron los tres, sin flaquezas ni claudicaciones; ejemplares magníficos, como hombres y como intelectuales; espejos, donde deben mirarse, para imitarlos, cuántos aspiren a merecer el más alto título que en la República se puede alcanzar: el de buenos ciudadanos!

Me van a perdonar mis lectores que termine estas cuartillas, dedicadas a evocar la memoria bien amada de Domingo Figarola-Caneda, al cumplirse el centenario de su nacimiento, con un recuerdo personal del amigo inolvidable, porque así cumplo con el deber sagrado de dejar público testimonio de mi efusivo reconocimiento por todo cuanto a él debo en mi formación como historiador, según ya dejé constancia en mi ensayo *Defensa de Cuba: vida y obra de Manuel Sanguily*, este otro maestro queridísimo.

No cursé nunca la Historia de Cuba, ni en la primera, ni en la segunda enseñanza, ni en la Universidad, porque en mi época aquélla

de estudiante —siempre lo he sido— no figuraba esa asignatura —¡horror de los horrores patrióticos!— en los planes de estudios de la enseñanza oficial.

En los libros cubanos de la Biblioteca de mi padre adquirí las primeras nociones de historia patria. Después, ya bachiller, y alumno universitario en la Facultad de Derecho, fui visitante asiduo, más que de la Universidad, de la Biblioteca Nacional, donde don Domingo, amigo de mis abuelos, me acogió como a un nieto, con su desbordada bondad gruñona. Por él conocí a Manuel Sanguily, allí en el viejo edificio de la Maestranza de Artillería, donde se hallaba instalada la Biblioteca. En ésta hice otras valiosísimas amistades, de viejos y de jóvenes. Pero, puedo decir, que mis maestros de Historia de Cuba —maestros y amigos, consejeros y guías— fueron Figarola-Caneda y Sanguily. Y mi colegio, mi instituto y mi universidad en asuntos de historia cubana, fué la Biblioteca Nacional, con su seminario de las tertulias sabatinas de Cuba 24.

Por Figarola-Caneda y Sanguily conocí la realidad histórica del proceso evolutivo y forjador de la nación cubana. Me enseñaron a querer a Cuba, a que me duela Cuba; a venerar a aquellos preclaros patriotas que —como ellos mismos— consagraron su vida, con nobilísimo e inigualable desinterés, a la causa de la educación, la cultura, la independencia y la libertad de mi tierra. Me dieron las normas, que no he olvidado nunca, de hacer historia. Y me inculcaron la honradez intelectual, de la que no me he apartado jamás; y el concepto cabal de la ciudadanía, que ha sido norma de mi actuación en los asuntos nacionales e internacionales.

Estos dos cubanos esclarecidos fueron también dos hombres maravillosos, muy hombres, muy humanos, con sus virtudes y sus defectos, y de corazón abierto a lo bueno y a lo justo.

Así lo dejé reconocido, de Sanguily, en aquel trabajo ya citado.

Y, ahora, cierro estas líneas sobre Figarola-Caneda, transcribiendo la dedicatoria escrita por José Martí en el ejemplar que le dedicó de su traducción de la novela *Ramona*, de Helen Hunt Jackson:

“Para Domingo Figarola que tiene su fuerza en el corazón”.



**NOTICIAS BIO-BIBLIOGRAFICAS DE GRANDES  
CUBANOS**

**Por DOMINGO FIGAROLA-CANEDA**



**PATRIMONIO  
DOCUMENTAL**

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

# JOSE WHITE

## 1

### VIAJE A ITALIA

(*Páginas de un capítulo de un libro inédito*)

El 3 de agosto de 1894 llegaba a la capital del mundo católico el eminente violinista cubano, quien aquel año empleaba su viaje de verano en visitar la Italia. Su amigo monsieur Louis d'Avril, secretario de la Embajada de Francia, ya le había tomado una habitación junto a la suya en el hotel d'Angleterre, via Bocca di Leone, cerca del Corso, y poco después de instalado el artista se presentó el diplomático diciéndole:

—Vamos a ver al cardenal Moceni.

White había tratado mucho al Cardenal cuando éste fué inter-nuncio en Río Janeiro, pues era un aficionado muy distinguido de música clásica, y no dejó nunca de concurrir a las *soirées* musicales dadas por la princesa imperial Condesa de Eu en el Palacio Isabel; así fué que la invitación de Monsieur Avril, también antiguo amigo del Cardenal, vino a realizar más pronto uno de los propósitos que el músico traía en su cartera de viajero.

Llegados al Vaticano, donde Moceni vivía como subsecretario de Estado que era entonces, White rogó a Avril que se adelantara y que le anunciara su visita al Cardenal, quien se hallaba en la pieza contigua. Pocos segundos después nuestro compatriota oyó una voz que decía:

—¿White? ¿El profesor de Su Alteza Imperial? ¡Que entre! ¡que entre!

El maestro no tuvo tiempo más que para llegar al dintel de la puerta, pues ya venía el Cardenal con el brazo derecho extendido, la cara sonriente y exclamando con efusión:

—Mi querido profesor, ¡qué dichoso soy, de volverle a ver! Su presencia trae a mi memoria muy agradables recuerdos. ¿Se acuerda usted de las magníficas sesiones de música allá en Río Janeiro, en el Palacio Isabel? ¡Pero ya todo eso acabó! —dijo con cierta melancolía.

Continuaron conversando por espacio de media hora sobre el emperador don Pedro del Brasil, fallecido unos veinte meses antes, de la familia de éste, de los acontecimientos del Brasil y de la sociedad que ambos habían conocido y dejado allá, y en fin, de música y de artistas. Al retirarse White, el Cardenal, siempre con su expresión afectuosa y franca, le dijo:

—Ya usted conoce el camino, y cuando tenga una hora que perder por la mañana, aquí me hallará siempre.

Una vez en la calle, White significó a su amigo el deseo que tenía de visitar al Papa, tanto más por hallarse en la ciudad del Pontífice, cuanto por haber merecido a éste el título de comendador de la orden de San Silvestre. Monsieur Avril vió natural y hasta imprescindible lo que pretendía el maestro, y dió al cochero la orden de conducirlos a casa de monseñor Bisletti, primer camarero del Papa. Aguardó White en el fiacre a que su amigo le trajera el resultado de su solicitud, y una vez ambos nuevamente en marcha, Avril le habló así:

—Todo va bien, pero debes saber que el Papa va todas las mañanas a las nueve a la quinta de recreo que ha hecho construir en el jardín del Vaticano para pasar las horas de calor y no regresa hasta las seis de la tarde; por lo tanto, para verlo es necesario hallarse a su paso, donde él habla un instante y da su bendición a las personas que han obtenido la señalada distinción de asistir a esta breve audiencia. Monseñor Bisletti me recomienda aconsejarte que estés todos los días en el hotel, de las doce a las tres de la tarde, horas en que se distribuyen las cartas en que se concede esa audiencia, y pudiera ser que la tuya sea acordada para el mismo día en que recibas la carta.

Al día siguiente todo pasó como indicó Avril. A las cinco de la tarde púsose el artista cubano en marcha para la audiencia, vestido de rigurosa etiqueta, pendiente de su cuello la cruz de comendador de la orden de San Silvestre y sobre el pecho la placa de comendador de la orden de la Rosa del Brasil, que le había concedido la Princesa Imperial Regente en nombre del emperador don Pedro, en esa época enfermo en Europa. Llegado a la puerta del Vaticano, el suizo que hacía la centinela presentóle las armas, así como al pasar por delante del cuerpo de guardia, la tropa allí presente, con su jefe a la cabeza, le hizo el saludo militar; y por último, al atravesar el patio, donde se encontraba descansando en esos momentos un grupo de gendarmes pontificios, éstos, así que le vieron, pusieronse pronta-



mente de pie y le hicieron el saludo de ordenanza. El artista, al par que respondía saludando con su sombrero, iba apoderándose de él un sentimiento bien natural en una notabilidad de su talla nacida y desarrollada en Cuba. Aquellos honores rendidos a sus méritos evidenciados en aquellas condecoraciones, y que de esa manera tenía él que interpretar —como tantas y tantas veces antes, ha tenido que interpretar ante monarcas y presidentes—, no dejaban de producir cierto contraste con lo sincero, lo modesto y lo democrático de su carácter.

.....

Por último, vióse ya nuestro compatriota en el punto en que debía aguardar a León XIII, quien aquella tarde no se presentó hasta las siete menos diez minutos. Precedíanle varios nobles y un cardenal, y los visitantes, que sumarían una docena, se hallaban colocados a la derecha con una rodilla en tierra. La suerte hizo que le tocase a White como lugar la cabeza de la fila, por lo cual fué él a quien primero dirigió la palabra el Papa, preguntándole su nacionalidad y su profesión, y cuando el maestro le dijo que había nacido en Cuba, que era violinista, que residía en París desde 1889, en que la caída del Imperio le hizo perder su puesto de director de los conciertos de la Corte del Brasil, y que desde entonces era profesor de música de la condesa de Eu, hija del emperador don Pedro y de los hijos de aquella, el Papa demostró el mayor interés de saber noticias de la familia imperial, a la que había conocido y tratado y por la que experimentaba vivas simpatías.

—¡Qué familia tan buena! —exclamó León XIII—. Así que usted la vea, dígame que siempre pienso en ella.

Y después colocando su mano derecha sobre la frente del artista:

—Lo bendigo a usted y a su familia y que Dios los proteja a todos ustedes.

En seguida dióle a besar el anillo y continuó su marcha dirigiéndose al vecino de White. Era éste un alto y fuerte americano de Nueva Orleans, que había hecho el viaje a Roma con su mujer y dos hijas casaderas en busca de la bendición del Papa; pero apenas le hubo éste dirigido algunas preguntas y puesto la mano sobre la frente para bendecirlo, el americano rompió a llorar de manera escandalosa y sin poder articular una palabra, provocando los gestos tranquilizadores del Papa y las miradas de extrañeza de los asistentes, que no soñaron

verse sorprendidos por aquella explosión del fervor católico más profundo.

.....  
 París, 1º agosto, 1900.

*Cuba y América*, La Habana, 5 de octubre de 1900, Vol. IV, Nº 92, p. 46.

2

## EL CONCIERTO DE LAS TULLERIAS

### DE LAS MEMORIAS INEDITAS DEL CELEBRE VIOLINISTA JOSE WHITE

Hallábase cierta noche el maestro White de visita en el palacio de la señora condesa de Montijo, en Madrid, cuando esta dama, dirigiéndose a él, le dijo:

—White, yo deseo que luego que usted vuelva a París, mi hija le oiga tocar a usted algún trozo de música.

Esas palabras produjeron en él una impresión que no pudo olvidar nunca.

¡Tocar en la Corte de Francia!... ¡Qué satisfacción para él, legítimo artista, joven y ansioso de triunfo y de gloria! Recordemos que esto acontecía a fines de 1863, época en la cual el imperio francés se contemplaba en el apogeo de su esplendor: nada se decidía en Europa sin la intervención —cuando no el dictamen— de Napoleón III, a quien las victorias de Sebastopol, Magenta y Solferino habían contribuido mucho a que se le considerase a la cabeza de los soberanos de las grandes potencias del continente europeo; y White, nativo de una pintoresca ciudad de la Grande Antilla, desconocida hasta de muchos franceses instruidos, él, el cubano hijo de Matanzas, a quien allá todos llamaban familiarmente: *Joseíto*, el hijo de *Musiú* Carlos,

era el escogido por la Providencia para obtener una honra que tantos y tantos artistas anhelan, y que tan pocos, tan pocos llegan a conseguir.

De regreso en París, se presentó al conde Félix Bacciochi, primer chambelán del Emperador, y cuyo despacho se hallaba instalado en la planta baja del palacio de las Tullerías, y le entregó la carta que la condesa de Montijo le había dado para su hija la emperatriz Eugenia. Recibiólo el chambelán con mucha afabilidad y le rogó que volviera para comunicarle la respuesta de la Soberana.

Así lo hizo White unos días después, y la contestación que recibió fué bien satisfactoria. La Corte daba durante el invierno tres grandes conciertos; uno desempeñado por los cantantes de la Opera Cómica, otro por los del Teatro Italiano, y el tercero —que era el más notable— por los de la Gran Opera. Y fué justamente, y por arte del destino, este último el designado por la Emperatriz para que en él tomara parte el violinista cubano.

Lleno de gozo al mirar muy próximo ya el día tan ambicionado, tomó la calle de Rívoli camino de su casa, y a ésta fué a anunciarle a fines de febrero, una convocatoria, que el concierto debía efectuarse el 1º de marzo, pero que antes se presentase a Monsieur Auber, director del Conservatorio de Música y maestro de Capilla del Emperador. El venerable autor de *Fra Diavolo* y *Les Diamants de la Couronne*, acogióle cariñosamente, y luego que le hubo felicitado y prevenido que la víspera de la audición fuera a ensayar a las Tullerías con la orquesta de la Capilla, añadió como recomendación muy especial:

—Sobre todo, Monsieur White, que la pieza no pase de ocho o diez minutos, pues el Emperador no le agrada la música que dure más tiempo.

El día del ensayo, a la hora fijada se encontró White en su puesto. Era director de la orquesta de la Capilla el que lo había sido también de la Sociedad de Concierto, Monsieur Tilman; era violín concertante titular el gran Alard, el maestro de White, y además figuraban en dicha orquesta varios profesores del Conservatorio, formando en conjunto unos cincuenta artistas. El *estrade*, que medía unos cuarenta centímetros de altura, estaba cubierto de terciopelo granate con franjas de oro, y desde aquella elevación contemplábase perfectamente el majestuoso Arco de Triunfo de Estrella, pues el local en que se verificaba el ensayo era el gran salón central que por ese lado tenían las Tullerías, y el cual era conocido por el nombre de Sala de los Maris-

cales a causa de ostentar en sus paredes los retratos de los principales mariscales del Primer Imperio. A dicho ensayo asistió el maestro Auber, y sus muestras de complacencia decían claramente lo bien que aquél hubo quedado.

A la siguiente noche tuvo lugar el concierto. La sala se hallaba iluminada profusamente, y a la cabeza de las hileras de sillas se habían colocado sendos magníficos sillones de terciopelo y adornos de oro, destinados a la familia imperial, la que estaba compuesta, en aquel acto, del Emperador, la Emperatriz, la princesa Clotilde, hija de Víctor Manuel y esposa del príncipe Napoleón; la princesa Matilde, prima del Emperador, el príncipe Napoleón, hijo del ex rey Jerónimo, hermano de Napoleón I, y el príncipe Murat. Unas seiscientas personas ocupaban ya las sillas, cuando a las nueve y media cierto rumor previno la entrada de los soberanos, precedidos de los chambelanes, y seguidos de los príncipes y las princesas mencionadas. Todos pusieron de pie, y los emperadores, saludando con una ligera y elegante inclinación de cabeza, tomaron sus lugares y el concierto dió comienzo.

Como la etiqueta exigía que el público no aplaudiera, únicamente tuvieron este privilegio los emperadores, haciéndolo al final de cada parte del programa, y dando, además muestras de complacencia con la cabeza.

Durante el intermedio, los solistas descendieron del *estrade* y se colocaron en fila para recibir los cumplidos de los soberanos. La Emperatriz, precedida de su chambelán, comenzó por el extremo derecho, deteniéndose un momento ante cada uno para dirigirle algunas palabras. Mientras, el Emperador hacía lo mismo por el lado opuesto, que era donde se encontraba White, y junto a él su amigo Faure, el reputado barítono de la Opera y antiguo profesor del Conservatorio. Al llegar Napoleón III ante el violinista cubano, le felicitó, y después preguntóle:

—¿Es usted primer premio del Conservatorio?

—Sí, Sire.

—Luego, ¿es usted discípulo de Monsieur Alard?

—Sí, Sire.

El Emperador entonces, dirigiéndose al célebre violinista, que se encontraba en el *estrade* y detrás de su querido discípulo:

—Monsieur Alard, le felicito a usted.

El maestro inclinóse respetuosamente y henchido el pecho de legítimo orgullo.



Venido su turno a Eugenia, quien no instruída por la condesa Montijo del lugar en que White había nacido, le dirigió la palabra en estos términos:

—¿You speak english?

—No, Madame.

—¿Etes-vous des colonies francaises?

—No, Madame: yo soy de Cuba.

—Ah, pues entonces, hablemos español.

Y luego de felicitarle con mucho entusiasmo, agregó:

—¿Qué le parece a usted el público madrileño?

—Me siento muy satisfecho de él, Madame, y no olvidaré nunca que es a la señora condesa de Montijo a quien debo el honor de encontrarme ahora en presencia de Vuestra Majestad.

.....

A las once y media terminó el concierto. La familia imperial se retiró a sus habitaciones y el público dirigióse a una sala contigua a la del concierto, donde se hallaba instalado un riquísimo buffet. Atravesábala el maestro White para retirarse, cuando se vió detenido por el chambelán conde Bacciocchi, quien repitióle que los emperadores se sentían muy satisfechos por haberle oído tocar, e invitóle, además, a que tomara algún refrigerio. Pero el maestro no quiso tomar nada, estaba impaciente, muy impaciente, por salir de las Tullerías, por saltar a un fiacre, por llegar a su morada, subir más pronto que nunca las escaleras, tocar la puerta con nerviosa mano, y arrojándose en los temblorosos brazos de su anciana madre, contarle, entre sollozos y suspiros, sus impresiones y sus triunfos de aquella noche para él de noble y legítima gloria artística, y escuchar a la emocionada criolla de Matanzas —interrumpióse ella misma con sus besos y sus bendiciones—, exclamar con acento indescriptible:

—¡Ah, hijo mío, si tu pobre padre pudiera verte ahora, qué contento se pondría!...

---

*Social*, La Habana, agosto de 1920.



# ISAAC CARRILLO Y O'FARRILL

(PAGINAS DE UNA BIOGRAFIA)

## I

Hace más de nueve años que, para acompañar un retrato, publiqué en *El Figaro* ciertos párrafos de una biografía de Isaac Carrillo y O'Farrill que entonces componía yo para formar parte de una obra esencialmente cubana. Después he continuado en el extranjero esa labor, para mí tan merecida cuanto justa, ampliando aquéllos y otros párrafos y aumentando con nuevos datos el conjunto, que me disponía a completar instalado ya en mi país y reanudando aquel atrayente trato que hube de encontrar siempre en el hombre de ilustración nada común y en el poeta de reputación sancionada.

Y hoy, al terminar un viaje comenzado hace catorce años, cuando aún no puestos en orden mis papeles ni mis libros, ni acordado el plan de continuación que a mi labor biográfica conviene, llega hasta mí con la nueva terrible de la pérdida de Isaac Carrillo y O'Farrill, una carta afectuosa de otro amigo querido —Raimundo Cabrera— en la cual —respondiendo cual debe a su misión de director de una revista cubana auténtica y muy selecta, me dice: “En el próximo número de *Cuba y América* publico el retrato de Isaac Carrillo”, y me pide lo que él hoy —como más de uno entonces— llama con toda bondad “una buena biografía”, y que no es más que los párrafos mencionados.

Vayan, pues, con las ampliaciones que les hice antes de mi última partida de La Habana, y permítame el lector que los haga preceder de una carta inédita de mi querido e inolvidable Isaac, la cual no por lo que me honra puede perder su carácter de documento de propia actualidad y revelador de la delicadeza de los sentimientos del poeta.

Sr. D. Domingo Figarola-Caneda.

Presente.

Mi querido amigo:

Acabo de leer —profundamente emocionado— el artículo que con tanta benevolencia me dedica usted en *El Figaro* de ayer. Sabía yo —o mas bien, me imaginaba saber— cuánto le debí siempre de indulgente cariño, de simpática predilección; pero veo todavía algo más en aquellas líneas, veo las manifestaciones más

generosas de un alma llena de calor, que no refrena su entusiasmo en los momentos de elogio, que ahoga en las expansiones de la amistad la voz severa del refinado crítico, para quien juzgar fué siempre un deleite, morder por sistema una indignidad y al que, lleno de gratitud abraza cordialmente su amigo

Isaac.

S/c. Calzada del Cerro 539.  
Marzo 28 de 1892.

## II

Entre aquel grupo de distinguida juventud literaria que floreció en La Habana de 1860 al 68, de momento recordamos a Mestre y Tolón, Aurelio Almeida, Piñeyro, Torroella, Zafra, Casimiro Delmonte, Francisco y Antonio Sellén, José Joaquín Govantes, Luis Victoriano Betancourt, Merchán, Sanguily, Gerónimo Sanz, Cristóbal y Tomás Mendoza, Pablo Hernández y Marcos García, quien con más, quien con menos éxito figuraba casi semanalmente con sus poesías, sus artículos o sus gacetillas, en diarios como *El Siglo* o en otras publicaciones como la *Revista Habanera* y la *Revista del Pueblo*. Pero uno de los que más hubo de alcanzar especial notoriedad, fué Isaac Carrillo y O'Farrill. Estudiante de leyes de nuestra Universidad, ya componía parte en la redacción del festivo semanario *Rigoletto*, cooperando con sentidas poesías y una novela, que llevaban al pie el anagrama de *Carlos Alircia*. Joven de talento, descendiente de dos familias de las más ilustres en la historia de Cuba y en la de España, educado con todo el refinamiento que autorizan hábito de abolengo y cómoda posición monetaria, indudablemente que —dadas nuestras condiciones sociales de aquella época— Isaac Carrillo ocupaba lugar de preferencia entre los jóvenes de la más elevada sociedad habanera. Elegante en su persona, adiestrado lo mismo que en la esgrima, en la equitación y en el gimnasio; cultivador fervoroso del francés, el inglés y el italiano, y con más especialidad de esas literaturas clásicas tanto como lo era de la española; formando en las filas del Partido Reformista —el más avanzado de aquella etapa de nuestra historia—; poeta de verdadera inspiración, de estro innegable; artista enamorado y cuidadoso de la forma y filosófico y conceptuoso en el pensamiento predominante de sus producciones; orador sincero y competente en la tribuna del Ateneo Cubano y del Liceo de La Habana, lo mismo cuando sostenía que cuando rebatía una tesis, ¿cómo extrañar que

joven de tales condiciones se viera favorablemente acogido, a la par que en las famosas noches literarias en casa de Nicolás Azcárate, en la colaboración de *El Siglo*, —que no abandonó hasta la desaparición del periódico en 1868—, en la escena, cuando la representación de su precioso proverbio *El que con los lobos anda...* (1) y en la política cuando fundó y dirigió en 1869 el semanario *La Revolución*?

.....

Como poeta lírico, fuera difícil sostener que sólo se ha dedicado con éxito a un género. Los sentimientos más afectuosos —el amor filial uno de ellos— le han arrancado estrofas que abonarían su título de poeta. En la muerte de su padre, elegía que mereció ser insertada en la clásica *Revista del Pueblo* cuando la dirigía Piñeyro, abundan estrofas por el estilo de éstas, que acreditan una ternura conmovedora y una espontaneidad que sorprende:

¡Desierta está mi casa desde el día  
Que en ella no te veo,  
Y te llamo y te busco, y todavía  
En que me escuchas y en tu vuelta creo!

¡Tú no sabes cuán pérfida es la herida  
Que hay en mi pecho abierta!  
¡Vuelve a cobrar las fuerzas de la vida!  
¡Despierta ¡oh Padre! por piedad despierta!

¡Dile al que te retiene, de mi parte,  
Que volverás a irte!  
¡Que tengo tantas ganas de abrazarte!  
¡Que tengo tantas cosas que decirte!

¡Que me deje juntar un solo instante  
Tu pecho con el mío!  
¡Que me deje escuchar tu voz amante  
Para llenar mi corazón vacío!

¡Eras el norte tú de mi destino  
Y el bonancible puerto!  
¡Cómo habrá de acertar en su camino  
La humilde nave, si el piloto ha muerto!

(1) *El que con lobos anda...* Proverbio en un acto y en verso original de don Isaac Carrillo y O'Farrill. Representado por primera vez en el Gran Teatro de Tacón el 10 de abril de 1867. La Habana. Imp. La Antilla, 1867, 1 t., 16º, 43 p.



En el género puramente descriptivo, *Matilde* —hermoso poema contestación al *Angelina* de Rafael Pombo y al *Bárbara* de José Joaquín Borda—, tiene octavas verdaderamente envidiables, entre otras, este símil de la flor y la mujer caída:

Entre las zarzas del agreste prado  
Brotó la flor que el céfiro enamora,  
Presta a la mariposa el delicado  
Tinte con que galana se colora:  
Da a la abeja su néctar delicado  
Con que el panal solícita elabora,  
Y cuando triste, sin encantos yace,  
Rota y marchita el viento la deshace.

Así Matilde en la social escena  
De pronto apareció, feliz, radiante,  
Como suave visión de magia llena  
Que vislumbra la mente un solo instante,  
Como ilusión que plácida enajena  
De virgen pura el corazón amante,  
Y vivió... lo que dura en el estío  
La titilante gota de rocío.

.....

En la oda, ni la valentía, ni el arrebato, ni el vuelo a grande altura, ni la majestad, ni la elevación de ideas, ni el mismo aliento en toda ella, son condiciones de que carece nuestro poeta. Pocos de la década de Isaac Carrillo hemos conocido en La Habana que puedan compararsele. *Inspiración*, y sobre todo, *A la guerra civil de los Estados Unidos de la América del Norte*, han sido celebradas por la crítica más severa, no sólo en Cuba, sino en el extranjero. En la última producción citada, fragmentos abundan verdaderamente felices. Dígalo éste en que pinta el momento más empeñado y horroroso de una de las tantas batallas de aquella terrible guerra en que no pocas luchas duraron días y en que los ejércitos quedaban en cuadro:

¡Ya todo es confusión! El humo sube,  
Que majestuoso crece  
Como lóbrega nube,  
¡Y el rojo sol tras él desaparece!  
¡La noche del horror domina el campo  
Lúgubre de batalla!  
¡Acá el herido maldiciendo expira!



¡Aquí triste suspira  
 En el suelo tendido un desgraciado  
 Que en levantarse, por vivir, se empeña,  
 Hasta que al fin sucumbe destrozado  
 Bajo el peso fatal de una cureña!

Pero ya ha terminado la acción. El sable está inmóvil y el cañón ha enmudecido. Los heridos y muertos del derrotado y del vencedor cubren el campo mezclados con los caballos, armas, banderas, furgones y demás avíos de guerra que en número crecido yacen abandonados por voluntad de una suerte superior al coraje y valentía con que fueron empleados. Al olor de la pólvora sucede el de las emanaciones que comienzan a producir los cadáveres que por los numerosos y por la fatiga y el cansancio, aún no ha tenido tiempo de enterrar el dueño y único señor del campo.

Véase de qué modo tan conmovedor describe esa hora tristísima de las batallas, cuán oportuno y original ha estado presentando el patriotismo del combatiente, y cuánto acierto tuvo en la manera como cierra esta magnífica estrofa:

Rápido entonces el cóndor se lanza  
 Sobre el sitio pestífero do yacen  
 Las insepultas víctimas, y hambriento,  
 La abundante ración de carne humana,  
 Que tiene de alimento,  
 En devorar se afana,  
 Mientras destroza con su garra impía  
 ¡Oh lastimoso ejemplo!  
 El noble corazón donde tenía  
 ¡El patriótico amor sagrado templo!

En la política de Cuba figuró Carrillo antes que con su periódico *La Revolución*, con un soneto valiente y conceptuoso, que ha pasado a nuestra historia por haber sido la primera manifestación pública de los cubanos respondiendo favorablemente a la Revolución Española de 1868. Aunque autorizado por el censor de imprenta, dicho soneto provocó en grado sumo la santa ira del capitán general Lersundi, quien al leerlo publicado en *El Siglo* —¡él que aún seguía impávidamente celebrando besamanos en nombre de una reina acabada de lanzar desde su trono de Madrid hasta la hospitalaria tierra de Francia!— hubiera inmediatamente fusilado al autor de tamaño anti-

españolismo si su poder de zar de la infeliz colonia hubiese sido tan omnímodo como lo fué hasta muy pocos días antes. Sin embargo, el poeta no hubo de quedar impune: era imposible que se desobedeciera a la tradición española, y bien pronto vióse Carrillo, bajo nuevo pretexto, tras las rejas de la Cárcel de La Habana, y de allí obligado a emigrar a los Estados Unidos.

Vean ahora los lectores la pieza histórica a que nos hemos referido:

### A ISABEL DE BORBON

Después de haber leído su protesta de Pau

¡ABAJO LOS BORBONES!

*General J. Prim.*

Ancha es la copa del dolor, señora  
Que al hombre ofrece la azarosa vida,  
No hay pecho libre de agobiante herida,  
También la faz del poderoso llora.

¡Sábeslo tú, fatal gobernadora!  
¡Gime en tu aislado pabellón sumida!  
¡Y ante el Dios de la patria, arrepentida  
Pide perdón, soberbia pecadora!

No aguardes, no, que en torno del hispano  
La corona feudal vuelva a tu frente,  
Y al golpe rudo que vibró su mano.

Su ley acata y su venganza siente:  
No hay castigo que iguale al del tirano  
Que oye cantar su pueblo independiente!

.....

A su vuelta lo vemos convertido en un letrado norteamericano, conforme antes lo era español, y concedor del Derecho de aquel país como el del suyo propio. Además, habíase consagrado a los estudios económicos y agrícolas, de lo que nos ha dado buena muestra en *El Triunfo* y *El País*. Sin embargo de esto, el poeta no ha muerto con los años de emigración. Cierto es que la generalidad no verá en lo poco que ha dado a la estampa de 1878 a la fecha, nada que nos recuerde tal cual es al de otros días, y es natural que de aquí suponga que ha enmudecido de una vez aquella cuerda de oro y acero que

hacían vibrar el sentimiento siempre poético y la inspiración siempre fogosa. Y la generalidad se equivoca. Los menos, los que le conocen íntimamente, saben que ni la traducción de *Mignon*, ni aquella aplaudida poesía que leyó cuando la velada en memoria de Rafael María de Mendive, ni otras de igual género, hacen falta a la reputación del poeta. Allá sobre su mesa de trabajo, en grueso cartapacio y copiadas con su letra clara, menuda e igual a las de Piñeyro y Sanguily, se hallan sus obras completas, aguardando la hora para entrar en prensa. Se verá entonces cuanto no conoce la generalidad, porque vió la luz lejos de aquí, o porque permanece inédito, y una vez más consagrará el juicio público la reputación que Isaac Carrillo y O'Farrell disfruta como uno de los poetas y literatos habaneros más distinguidos por sus envidiables condiciones, y uno de los jóvenes cubanos más simpáticos y queridos por sus bellas prendas morales.

.....

*Cuba y América*, diciembre, 1901, Año V. N<sup>o</sup> 107, p. 98-101.



## EL DOCTOR RAMON MEZA Y SUAREZ INCLAN

### I

Allá por 1884 comenzó a darse a conocer en la prensa literaria de La Habana, una firma que era un anagrama, y por ende, la representación de un escritor que, por las materias tratadas y por la forma clara y sobria con que las exponía, hubo en corto plazo de ser leído con general aprecio. Ese anagrama era *R. E. Maz*, y ese escritor, R. Meza, más tarde el doctor Ramón Meza y Suárez Inclán, y hoy la persona que el 28 de enero último, fué designada para el desempeño de la Secretaría de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Aquella época ofreció —como todas y cada una de las de la vida intelectual de cada ciudad— su fisonomía propia. A fines del mismo año había muerto un cubano que no debe olvidar jamás ningún buen cubano, José Antonio Cortina, y con él hubo de desaparecer aquel hermoso monumento de nuestra cultura que él mismo fundara bajo el título de *Revista de Cuba*. Enrique José Varona, recogiendo el programa de Cortina, vino inmediatamente a continuar desarrollándolo en la *Revista Cubana*, y entre ambos y para dar cabida a producciones literarias y artísticas de otro género y a revistas y crónicas de todas las actualidades, siguió apareciendo semanalmente una publicación que ha dejado en nuestro periodismo popularidad y simpatías.

Fué este periódico *La Habana Elegante*, que fundado por el literato y poeta muy distinguido Casimiro Delmonte y por el escritor humorista Ignacio Sarachaga (*Ignotus*), no mucho tiempo después pasaba a manos del entonces futuro aplaudido sonetista de *La hora verde* y *La más hermosa*, Enrique Hernández Miyares, y del mismo Sarachaga. Encontrábase instalada la redacción en un entresuelo que ya ha desaparecido, en la calle de la Habana 90½, y en cuyo piso superior había tenido Cortina su bufete de abogado y su *Revista*. Era Hernández Miyares el alma y el cerebro de *La Habana Elegante*. Activo, inteligente, periodista práctico, literato y poeta de sentimiento y de corrección, supo atraer y reunir un grupo numeroso de plumas tan variadas como útiles. Allí, en aquel local de dos piezas, nada desahogadas por cierto, de bajo techo, con dos pequeños huecos de balcón cayendo sobre un patio húmedo, estrecho y solitario y dando entrada

a una luz siempre opaca y pobre, con las paredes o muros tapizados por Sarachaga con retratos y caricaturas arrancados al *Fíguro Illustré*, *La Vie Parisienne* y *Le Charivari*, con el número de mesas y de sillas posibles en lo reducido del recinto; allí acudían a llevar o a escribir sus trabajos, o a charlar y reír con las genialidades de Sarachaga, entre otros, aquéllos que recordamos y ya han desaparecido como él, Vélez Herrera, Tejera, Casimiro Delmonte, Manuel de la Cruz, Casal, Borrero, Mitjans, Ramón Ignacio Arnao, Lipa, Irio y Bauzá, Villanova, López de Briñas, Vidal Morales y Morales, Luis Victoriano Betancourt y Florencio Suzarte, así como entre otros de los que viven, y que también están en nuestra memoria, *Justo de Lara*, Sanguily, Pablo Hernández, Francisco de P. Coronado (*César de Madrid*), Benjamín Giberga, Alfredo Martín Morales, Héctor de Saavedra (*Fleur de Chic*), Valdivia (*Conde Kostia*), Manuel Moré (*M. Remo*), Pichardo y Ramón Meza.

Era este escritor de los más puntuales. Siempre serio, como absorbido por una reflexión también seria, llegaba, saludaba con breves palabras y afable sonrisa, entregaba sus cuartillas, escritas con clara letra y sobre papel español y en forma oblonga, recomendaba al Director la buena corrección de pruebas, y al poco tiempo se despedía. Y esto lo hizo semana tras semana, durante años, produciendo siempre de la buena y sólida literatura, de historia cubana, y nunca ocupándose de aquellos asuntos que, por ligeros y de pasajera actualidad ni hacen reputaciones, ni dejan memoria.

Al mismo tiempo Meza seguía una carrera universitaria. Nacido en La Habana el 28 de enero de 1861, y después de asistir a distintos colegios de aquéllos de mejor concepto en su época, ingresó en nuestro primer establecimiento docente, para estudiar la jurisprudencia, y a los veintiún años de edad cubría sus hombros con la muceta de Licenciado. Desde esta época comienza su vida de repúblico, y a fin de poder reseñarla con la claridad debida, vamos a exponerla de esta manera:

Para satisfacer su marcada inclinación a la literatura y la pedagogía, hizo los cursos necesarios (1889-1892), hasta graduarse de Doctor en Filosofía y Letras en 1895. Entonces pasó a desempeñar una plaza de profesor auxiliar en nuestra Universidad así como de profesor en propiedad de la asignatura de Literatura española (1900) hasta el mes de julio de este año, en que para cumplir una nueva disposición sobre la materia, el desempeño de dicha asignatura fué encomendado

a otro profesor. En noviembre de este año obtuvo por oposición la cátedra de auxiliar de la Escuela de Pedagogía, y en 1906, obedeciendo a lo estatuido, fué nombrado titular de Psicología pedagógica, Historia de la Pedagogía e Higiene escolar. Además, y ampliando su esfera de acción, el doctor Meza ha pronunciado una serie de provechosas conferencias, tanto relativas a la Facultad de Filosofía y Letras como a la de Pedagogía.

También en 1900 desempeñó la Subsecretaría de Justicia, e interinamente la Secretaría. Al año siguiente fué elegido Concejal del Municipio de La Habana, y luego su Síndico primero, Presidente de la Junta de Amillaramiento y Vocal de la Supervisora de la misma, y más todavía hubiera podido servir al público en el Ayuntamiento de La Habana, si las consecuencias de una de tantas intrigas políticas no le hubieran destituido cuatro años más tarde.

En la Sociedad Económica de Amigos del País de La Habana, hace ya veinte años que la labor del doctor Meza no es menos útil y notoria. Encomendada a su competencia la Secretaría de esta corporación secular, cada año publica una *Memoria* reglamentaria, nutrida y bien detallada. Además, como Delegado de aquel centro todos los años a la Conferencia Nacional de Beneficencia y Corrección, a ella ha cooperado con diversas contribuciones que habremos de citar más adelante. Asimismo se le ha visto figurar siempre en su misión de Vocal del Consejo Escolar de La Habana, y en cuantas gestiones más de índole pública ha intervenido. Y aquí debe añadirse que, guiado por el loable propósito de estudiar las instituciones y la sociedad del Canadá, con la idea de hacer posibles aplicaciones en Cuba, en los años 1888 y 89 recorrió con fruto aquel país; mas no logrando a su regreso dar a la stampa la obra que como resultado de este viaje hubo preparado, limitóse a la publicación de un folleto que reprodujeron a su vez *El País* y *La Habana Elegante*.

Como escritor son diversos los aspectos que presenta el doctor Meza. Colaborador de la *Revista de Cuba*, *El Triunfo*, *El País*, *Revista Cubana*, *Diario de la Marina*, *La Correspondencia de Cuba*, *La Lotería*, *El Fígaro*, *La Habana Literaria*, *Cuba y América*, de esta Capital; *La Tribuna*, de Güines; *La Industria*, de Santiago de Cuba; *Patria*, de Nueva York; *The Home Review*, de Tampa y *La Ilustración Cubana*, de Barcelona; le vemos figurar como redactor de *La Habana Elegante*, de *El Cubano* y de *Patria* de esta ciudad, habiendo sido también director interino de éste, y, últimamente, redactor de la

*Revista de la Facultad de Letras y Ciencias* de nuestra Universidad.

Como novelista, fuera esta condición bastante para reconocer en el doctor Meza legítima notoriedad, sancionada tiempo hace por la buena crítica dentro y lejos de Cuba. Educado en la escuela de nuestros Villaverde y Suárez y Romero, comprendió que debía ser un novelista cubano, y de aquí felizmente el resultado de que hoy sean con todo acierto colocadas sus novelas entre las buenas cubanas, porque entre otros de sus méritos, abundan en aquellas ciertas pinturas y descripciones de épocas, tipos y costumbres de Cuba, que si no fuese por nuestro novelista, la posteridad no tendría noticia ninguna de ellos.

Aparte de todo esto, se cuenta una obra, única en el bagaje literario del doctor Meza, la cual constituye una personalidad especial. Tal es *La obra póstuma de Mitjans* (1), trabajo que lleva por subtítulo: *Examen y anotaciones*, pero que es en realidad, tanto como esa obra de Mitjans (2) y como la de Manuel de la Cruz (3), un estudio tan crítico como bibliográfico de la historia intelectual de Cuba desde sus orígenes hasta hace solamente diecisiete años. En la expresada obra se revela el autor otro bien distinto y nuevo comparado con el escritor didáctico, el redactor de periódicos y el novelista. Examinando el libro póstumo de Mitjans, ofrece el doctor Meza una detallada y bastante exacta exposición de nuestra vida intelectual, con rico caudal de citas, noticias y comentarios, que contribuyen grandemente a que su trabajo tenga que ser considerado como una fuente y consultor indispensable para aquéllos que deseen conocer nuestra historia literaria.

La producción bibliográfica del doctor Meza, por ser abundante, se halla naturalmente muy esparcida para ser posible coleccionarla sin emplear en la tarea mucho tiempo. Sin embargo, utilizando notas diversas, recogidas años ha la mayor parte de ellas, ofreceremos para complemento de esta noticia, aquella relación cronológica que hemos podido formar, satisfechos con que es del todo exacta, y no soñando con presentar un trabajo completo; que ya el sabio Littré, y otros sabios antes y después de él, dijeron cuanto es necesario tener presente en materia de bibliografías completas.

.....

Muchas semanas contaba el doctor Ramón Meza y Suárez Inclán componiendo en esta Biblioteca la *Historia de la Educación en Cuba*, importante obra que venía publicando con toda la constancia y laboriosidad que lo distinguían, y de la cual sólo le contrariaba no haber



podido hallar todavía ciertas noticias complementarias del siglo XVIII. A unos tres metros de la suya encontrábase nuestra mesa, y esto nos permitía observar, lo mismo que su semblante, en el que veíamos marcado siempre un sello de angustia, de fatiga, de enfermedad, su manera de trabajar, siempre afanosa, nerviosa, pero no con la impaciencia del que desea concluir una tarea y aprovecha todas las ocasiones de abreviarla para darle fin lo más pronto posible, sino de quien, poseyendo la conciencia exacta de la obra emprendida, se halla dominado por la dolorosa creencia de que ha de faltarle el tiempo indispensable para poder terminar cumplidamente su tarea.

Así trabajaba dos o tres horas diarias, y así le vimos por vez última una mañana en que llegó y presentándonos dos volúmenes nos dijo con una expresión mezcla de tristeza y de amargura:

—Toma, este ejemplar es para la Biblioteca y éste para ti. A pocos amigos he de darles este libro (4), que será tal vez el último que yo publique.

Y sin escuchar cuanto hubimos de responderle con el ánimo de conducir su pensamiento por otro sendero menos desconsolador, fuéese allá a su mesa a bregar con los libros y papeles.

Este es el último recuerdo que conservamos del doctor Ramón Meza, y la última vez que le vimos con vida. El 5 de diciembre nos anunciaron que acababa de fallecer y entonces, volviendo la mirada hacia la desierta mesa, la creímos ver tan dolorosamente sorprendida como nosotros, y como nosotros pensar que la cultura cubana había perdido un trabajador de mérito por su inteligencia, por su constancia y su patriotismo reunidos en toda la producción que nos ha legado.

De la biografía y de los trabajos del doctor Meza, ya nos hemos ocupado con toda la extensión merecida. Sirvan estos párrafos como la sincera manifestación de duelo que debemos consagrar a su memoria.

(1) *Revista Cubana*, La Habana, 1891, t. XIII, p. 289-305, 385-398.

(2) *Estudio sobre el movimiento científico y literario de Cuba*, La Habana, 1890, I t. 8º, XXXI, 391 p.

(3) *Reseña histórica del movimiento literario en la Isla de Cuba*, (1790-1890). (*La América Literaria...*, por Francisco Lagomaggiore, segunda edición... Buenos Aires, 1890, t. II, p. 603-641.

(4) *Los González del Valle*.

(5) *V. Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, 1909, t. I, p. 31-47).

*Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, 1909, t. I, p. 31-34, y 1911, t. V, p. 115-116.





## JOSE RAMON GUITERAS Y GENER

Como en todas las guerras de independencia, en las de Cuba sucumbió un crecido número de jóvenes que siempre habrán de ser muy recordados por los méritos que atesoraban y por la entereza con que murieron. Cuando a través del tiempo se mira hacia el pasado, aun los mismos que fueron enemigos reconocen las virtudes y lamentan la pérdida de jóvenes como Luis Ayestarán, como los hermanos Agüero, como José Ramón Guiteras y otros muchos .

Nacido en la ciudad de Matanzas en 1853, hizo sus primeros estudios en el afamado Colegio La Empresa, conquistando en 1867 la nota de Sobresaliente al graduarse de Bachiller en Artes, en el Instituto de la ciudad mencionada. Al año siguiente ingresó en un colegio de Nueva York, distinguiéndose mucho por su aprovechamiento, especialmente en varios ramos de la enseñanza superior y en los idiomas francés e inglés. Un año más tarde, de regreso en La Habana, obtuvo otra vez la misma calificación de Sobresaliente en los exámenes de las asignaturas de Ampliación para el estudio del Derecho, en nuestro primer establecimiento literario. Pero como ya por esta época había estallado la Revolución de Yara, y de nuestra Universidad salían grupos de animosos jóvenes para el interior de la Isla o para el extranjero, con el propósito de ingresar en las filas del ejército separatista, Guiteras, animado por igual espíritu que sus compañeros, salió de La Habana el 8 de enero de 1869, en el pailebot inglés Galvanic, contando solamente dieciséis años de edad y formando parte de una expedición de diecinueve estudiantes, entre los que se sumaban su primo Tomás Gener, José Manuel Pascual, Aníbal Agüero, Arango y Lamar. Pero antes de partir y desde el Colegio El Salvador, donde habitaba, dirigió a sus padres y hermanos la siguiente carta que revela, junto a la despedida del hijo y del hermano, la meditada y firme resolución del patriota:

Cerro, 8 de enero de 1869.

Mis queridos padres y hermanos:

Me voy para Nassau a cumplir con un deber más sagrado ante mis ojos que todas las demás consideraciones que se presentan a mi espíritu, por más graves que puedan ellas parecer. Llega un momento en la vida del individuo en que es necesario tomar un

partido: he tomado este partido y doy este paso con conciencia, no voy arrastrado por la impresión del momento; no voy seducido ni iluso: lo que hago lo he ido pensando día tras día y noche tras noche, y nunca se ha pasado un solo día o una sola noche sin que me doliera infinito el ver que me encontraba reducido al papel de no hacer nada por mi país, cuando el hacer algo por él ha sido siempre mi sueño dorado. Ojalá pronto podamos abrazarnos después de cumplido nuestro deber. Adiós y bendíganme.

José.

A los pocos días de su salida, fué apresado en las costas de Cuba el Galvanic y encerrados los prisioneros en el castillo de La Cabaña, de La Habana, donde fueron juzgados y sentenciados a ocho años de presidio la mayor parte de los expedicionarios, a dos de reclusión Guiteras y Agüero en atención a no contar más que dieciséis y diecisiete años respectivamente. El 24 de mayo de 1869 partió Guiteras para el Ferrol a bordo de la fragata española de guerra Carmen, y de dicho puerto, y en la fragata de igual clase Berenguela, a Cádiz, al Arsenal de la Carraca, donde fué encerrado. Pero, por las gestiones de su padre en Madrid, le fué conmutada la pena de reclusión por la de confinamiento en la Corte, teniendo la ciudad por cárcel y pudiendo continuar sus estudios de leyes.

Breve tiempo contaba en Madrid nuestro joven confinado, cuando, sin conocimiento alguno de su padre, marchó para Nueva York, dirigiéndose por Francia e Inglaterra, y dejándole como sola despedida esta carta:

Octubre 2 a media noche.

Querido Papá:

Cuando leas ésta ya estaré en camino para Francia. No creas que el paso que doy es resultado de irreflexión o de ligereza: he meditado mucho lo que voy a hacer, y lo hago con toda tranquilidad de mi conciencia.

Un deber tan imperioso como sagrado para mí me ordena partir; y parto. Adiós. Confío en que nos veremos en tiempos más felices.

José.

Su vehemente deseo por verse en el campo de la insurrección le impulsaba con fuerza irresistible, y así fué que una vez llegado a Nueva York pasó a Nassau, y allí fletó un bote en unión de Luis

José Hernández, José o Juan Socorro y Camino y otro joven llamado Peralta, partiendo con dirección al Camagüey el 13 de enero de 1870. Gobernaban el bote dos marineros negros, los cuales dejaron a los expedicionarios en Cayo Cruz o Cayo Caimán, probablemente diciéndoles que estaban en tierra de Cuba. En el Cayo pasaron algunos días sufriendo hambre y sed, hasta que habiendo arribado una embarcación tripulada por un puertorriqueño, que hacía de patrón, y por un chino, prometieron éstos salvar a los jóvenes del peligro en que estaban de morir de hambre o ser apresados por algún crucero español. Y con el objeto de disponer de los recursos necesarios, partió el chino a Matanzas llevando una carta de Guiteras para su tío don Benigno Gener, fecha 15 de abril, en que se le prevenía que no enterara a la madre de aquél de la terrible situación en que se veía su hijo. Entre las conocidas familias matanceras de Hernández y de Guiteras se reunieron tres mil pesos que les fueron entregados al chino, y quien parece que salió de La Habana en un pailebot destinado a salvar a los jóvenes, pero éstos no volvieron a verlo.

Mientras tanto, en el cayo moría hinchado y de hambre, el 29 de mayo, Luis José Hernández, y el 5 de junio el cañonero español Concha, que navegaba con bandera inglesa por aquellos lugares en busca de Goicouría y de los hermanos Agüero, fué descubierto por los jóvenes, quienes, como resultado de las señales que habían hecho recibieron un bote del cañonero, que los condujo a bordo, y donde se dieron cuenta de que eran prisioneros. Llevados al Camagüey, donde se hallaba el general Caballero de Rodas, a Socorro y Camino se le perdonó la vida en recompensa de haber delatado cuanto había sucedido, y Guiteras y Peralta fueron pasados por las armas el 12 de junio de 1870.

La emocionante carta que desde la capilla dirigió a su madre nuestro biografiado, revela una vez más el temple de alma de aquel joven, como podrán comprobarlo los lectores:

Puerto Príncipe, junio 12 de 1870.

Amadísima Mamá:

Estos son los últimos renglones que te dirige tu hijo, que en sus últimos momentos solo piensa en ti. Son las dos de la mañana de hoy domingo, y a las siete debo ser pasado por las armas. ¡Cuántas cosas vienen en tropel a mi imaginación en estos últimos instantes que me quedan de vida! Tú, madre mía de mi corazón, tú serás mi último pensamiento, mi última idea;

y lo que más siento al morir, es que la muerte me sorprenda tan lejos de ti, sin poder abrazarte antes, y sin poder hablar unas cuantas palabras contigo, de quien estoy separado hace ya tanto tiempo. Mi corazón está tranquilo, y estoy resignado a la suerte que me ha cabido: después de un día de agitación, me siento muy cansado, y voy a dormir unas cuantas horas para hallarme más fuerte en mi último trance. Adiós, madre mía, abraza en mi nombre a mi padre, a mis queridos tíos y tías, a quienes tengo muy presentes, y a todas las personas que me quieren y se acuerdan de mí; y a ti, ¿qué más podré decirte, idolatrada mamá? A mis pobres hermanos, a los que quiero mucho, dales un apretadísimo abrazo, y hazles recordar siempre a su hermano, desde el grande hasta el más pequeño. Adiós por siempre otra vez, mamá, adiós. Recibe el último apretado abrazo de tu idolatrado hijo

José.

Algún tiempo después de los tristes sucesos referidos, un pariente del desgraciado Guiteras vió a Socorro y Camino en La Habana, y por éste supo que el chino nunca volvió a pasar por el Cayo, así como también supo que al patrón puertorriqueño lo había visto desempeñando el destino de práctico en un cañonero español; todo lo cual le hizo sospechar, con mucho fundamento, que los infelices jóvenes fueron víctimas de la traición no sólo del delator sino también de los tripulantes de la embarcación, que prometieron a aquéllos la salvación a cambio de la suma de tres mil pesos .

He aquí la vida breve, pero interesante, de un joven descendiente de dos de las familias más distinguidas en las letras cubanas y en la sociedad matancera.

*Revista de la Biblioteca Nacional, La Habana, 1910, t. IV, p. 103-106.*



## PEDRO SANTACILIA

Pertenecía Pedro Antonio de Santacilia y Palacios (1), fallecido en la capital de México el 2 de marzo y a los ochenta y cuatro años de edad, a la generación de aquellos poetas y patriotas cubanos que lo mismo en el suelo natal como en el destierro, consagraron los mejores sonetos de su lira y casi toda la existencia a la libertad de la patria esclava. Diez años sólo contaba, cuando obligado su padre a partir para España por orden del general Tacón, y a consecuencia de los sucesos políticos que en ese año tuvieron lugar en Santiago de Cuba, el niño, siguiendo a su familia, comenzó a conocer las tristezas del ostracismo. De España regresó, también con su familia, en 1845, e instalado nuevamente en Santiago de Cuba, dióse al cultivo de las letras y cooperó a cuanto fuera un progreso moral o material. Así le vemos al año siguiente, a la vez que corregía los *Ensayos Literarios*, formar parte de la junta directiva del Gimnasio fundado por lo más granado de aquella juventud, entre otros el doctor Francisco Beltrán, los licenciados Sebastián Amábile y Luis A. Baralt y el señor Francisco Martínez. También por esta época escribía en *El Redactor* de Santiago de Cuba, periódico que dirigía entonces Baralt. Más tarde dióse a conocer en la prensa de La Habana con la poesía *Dios*, y en 1848 colaboraba en *El Artista* con producciones literarias y científicas; porque Santacilia, a la vez que poeta, fué escritor que trató materias como fueron la histórica, la científica, la pedagógica y la agrícola. Con especialidad, en esta última señalóse favorablemente cuando para responder, reconocido, al nombramiento de Socio de Mérito y su corresponsal en Santiago de Cuba con que hubo de distinguirlo el Liceo Artístico y Literario de La Habana, dió a la estampa una *Instrucción sobre el cultivo del cacao*, obra que fué muy celebrada por los señores Antonio Bachiller y Morales en el *Faro Industrial de La Habana* y Francisco Javier de la Cruz en la *Aurora* de Matanzas (2).

A pesar de toda esta labor, no era Santacilia ajeno a aquella otra encaminada a libertar a Cuba de la dominación española. En su ciudad natal, como en el resto de la Isla, manteníase constante la rivalidad política más o menos manifiesta entre cubanos y españoles: aquéllos pugnaban siempre por expresar sus sentimientos bajo la

forma que les ofreciera ésta o aquella circunstancia, y éstos extremando los recursos todos que les brindaba su condición de dominadores. Y como era Santacilia de los más radicales entre los cubanos partidarios de la independencia, un día escribió su valiente *Canto de guerra*, que manuscrito y pasando de mano en mano (3) vino a hacer las veces de proclama, y de cuyo patriótico himno es la siguiente la primera estrofa:

¡A las armas, hermanos, volvemos,  
El momento llegó de la lucha,  
Ya la voz de la patria se escucha  
Que resuelta nos llama a pelear!

¡A las armas! —Llegó ya el instante  
De romper la ominosa cadena;  
Es preciso lanzarse a la arena,  
Es preciso morir o triunfar.

Por ésta y por otras muchas manifestaciones antiespañolas, entre otras la de acusársele de ser jefe de un club revolucionario cubano (4), fué enviado a La Habana el 26 de noviembre de 1851, a bordo del vapor Isabel y en unión de Cayetano Echavarría, Tomás Asencio, Juan de la Mata Tejada, Joaquín Portuondo y Bienvenido y Luis Hernández, también acusados de revoltosos y conspiradores. Encerrados en calabozos del Castillo del Príncipe, allí permanecieron hasta el mes de marzo del año siguiente, fecha en que, “supuesto” que “no ha sido posible proceder judicialmente”, dispuso el Capitán General que Santacilia y los dos Hernández fueran relegados a España, vía Cádiz, con residencia en Sevilla y a la disposición del Gobierno.

De Sevilla, en cuya Biblioteca Colombina estudió los historiadores de la Conquista, como Las Casas, Herrera, Torquemada, Navarrete y Quintana entre otros (5), fué trasladado a Granada y después a Montilla (Córdoba), lugar que más tarde señalósele como punto de destierro perpetuo en vez del temporal que se encontraba sufriendo, y causando este monstruoso aumento de pena el hecho de haberse hallado en poder de una señora copia de la poesía de Santacilia, *Mi prisión*, y no de letra del autor, escrita cuando éste se hallaba preso en el Castillo del Príncipe, y en parte ninguna de ella delictuosa ante el examen de todo el que no hubiera formado parte de la Comisión Militar española que por unanimidad condenó al autor a destierro por toda la vida (6).



Y sin duda que este hecho inicuo vino a anticipar en el firme deseo del poeta desterrado la natural tentativa de evasión, pues en 1853 pudo fugarse de Montilla, llegar a Málaga, embarcarse en un buque francés con rumbo a Gibraltar, y de esta posesión inglesa partir con dirección a los Estados Unidos de la América del Norte.

Llegado a Nueva York, uni6se inmediatamente al grupo de cubanos que entonces consagraban todos sus esfuerzos al logro de la independencia de Cuba. Otro poeta y patriota, Miguel Teurbe Tol6n, que redactaba el peri6dico pol3tico *El Cubano*, inaugur6 el 9 de octubre de ese a6o de 1853, el Ateneo Democr6tico Cubano de Nueva York, y el 13 del mes siguiente esta sociedad comenzaba sus tareas con la explicaci6n de estas materias: Constituci6n de los Estados Unidos de Am3rica, por Miguel Teurbe Tol6n; Econom3a pol3tica, por Lorenzo de Allo; Historia de Cuba, por Pedro Santacilia.

Al a6o siguiente residi6 en Baltimore y en Nueva Orleans, y en 1855 regres6 a Nueva York, haci6ndose cargo de la direcci6n del peri6dico *La Verdad* (7), para continuar en 3l su labor de propaganda cubana.

Luego pas6 a residir a Nueva Orleans, dedicando sus conocimientos y su actividad a diversos asuntos, y as3 le hallamos en 1863 socio de la casa de comercio que giraba bajo la firma de Domingo de Goicour3a y Compa6a. Era, adem6s, diputado de la C6mara de M3xico y yerno del presidente Ju6rez, con cuya hija mayor, Manuela, hab3a contra3do nupcias; y tanto en su parentesco con Ju6rez como en su filiaci6n pol3tica, que no pod3a ser sino la republicana, hallaron los diarios espa6oles de La Habana una ocasi6n m6s para atacar al gobierno de M3xico. M6s tanto 3ste como Santacilia, fueron victoriosamente defendidos por el diario *El Siglo*. Por igual motivo, y tambi3n durante la guerra de intervenci6n en M3xico, fu3 blanco de ataques calumniosos a su honra en los peri6dicos imperialistas mejicanos *L'Estafette* y *El P6jaro Verde*. Y aparte de la en3rgica protesta con la cual supo responder Santacilia desde las columnas del *Peri6dico Oficial* de San Luis Potos3, el Director de *L'Estafette* rectific6 declarando haberse visto sorprendido en la confianza que ten3a depositada en uno de sus corresponsales (8). Y necesario se hace advertir aqu3 que la personalidad de Santacilia en esta 3poca ten3a que ser mirada por los imperialistas con la mayor suma de prevenciones y con todo g3nero de hostilidades. Le un3an al presidente Ju6rez y a la causa de la independencia mejicana, no s6lo los lazos de familia y la intimidad que

por estos lazos y por razón de su empleo de Secretario de aquél desempeñaba en esta época: era también un hombre de talento, de vasta cultura y un republicano que veía en la causa de México, su patria de adopción y la patria natural de su esposa y de sus hijos, la causa de América, y por ende la de Cuba, y ya desde 1859 y 1860 había evidenciado estos principios ayudando desde Nueva Orleans con el envío de pertrechos de guerra a Juárez, a Gutiérrez Zamora y a otros caudillos defensores del Plan de Ayutla (9). Por esto, para los imperialistas la anulación de Santacilia significaba más, muchísimo más que la desaparición de un enemigo, y de aquí que sin reparo se esgrimieran contra él toda clase de armas.

Triunfante la causa de Juárez, la posición política y social de Santacilia elevóse a una altura importante. Mantúvole siempre aquél como su secretario y consejero íntimo, y fué, además, electo hasta siete veces diputado. Sin embargo, no por estas ni por otras circunstancias olvidóse el patriota de la triste suerte de Cuba. Meses después de la ejecución de Maximiliano, en un banquete ofrecido por el gobierno mejicano al Ministro de Bolivia, en octubre de 1867, habiendo el Presidente de la República hecho mención de Cuba en su brindis, y habiendo el Ministro de Fomento brindado por los pueblos que aún eran esclavos, Santacilia, en su calidad de cubano de nacimiento, dió las gracias en nombre de Cuba en un discurso muy elocuente y cuyo final fué este:

Brindo por la independencia de los pueblos americanos, que están todavía sujetos a la dominación europea; porque la bandera inglesa desaparezca del Canadá; porque desaparezca de Cuba el pendón de Castilla, y porque sean libres, independientes y republicanos todos los pueblos, sea cual fuere su procedencia, que se encuentran en el mundo de Colón (10).

Poco más de un año después, cuando a causa de la Revolución de Yara la sociedad cubana esparcióse por el extranjero buscando seguro asilo contra el terror que imperaba en Cuba, México fué de aquellos países de nuestra raza donde acudieron más emigrados, formando así una colonia de lo más distinguido de los cubanos, pues en ella figuraron entre otros José Victoriano Betancourt, Ramón de Armas, Gonzalo Peoli, José Miguel Macías, Alfredo Torroella, José Quintín, Gustavo y Florencio Suzarte, Blas López Pérez, Ildefonso Estrada y Zenea, Antenor Lescano, Máximo Du-Bouchet, Andrés

Clemente Vázquez y Miguel de Quesada (11). Entonces fué cuando Santacilia, atendiendo a aquéllos de sus compatriotas que a él acudieron, puso en acción todo su valer en favor de las pretensiones de cada uno, y no fueron pocos por cierto los que por su mediación obtuvieron ventajosas posiciones.

Además, nombrado Agente del Gobierno Cubano en la República de México, pronto dió muestras señaladas de su valiosa gestión, debiendo mencionarse la que acreditan las dos comunicaciones oficiales que con fecha 3 y 6 de abril de 1869, y referentes al reconocimiento de la beligerancia a favor de Cuba, dirigió a la Junta Cubana de Nueva York, y las cuales en extracto dicen:

Tengo el gusto de participar a V. V. que el Gobierno general de esta República ha acordado se reciba la bandera de Cuba en los puertos de la Nación; aun cuando no se haya hecho todavía una declaración oficial, reconociendo a nuestros hermanos el derecho de beligerantes.

.....

Hoy tengo el gusto de manifestar a V. V. que la Cámara aprobó ayer por más de 100 votos contra 12, la proposición que presentaron más de 50 diputados, autorizando al Ejecutivo para que reconozca como beligerantes a los cubanos cuando lo tenga por conveniente; y como ya antes, sin aguardar esa autorización, el Ejecutivo había ordenado se recibiese en los puertos de la República la bandera de nuestra patria, queda de hecho establecido el reconocimiento, siendo Méjico la primera nación del mundo colombiano que manifiesta así con actos oficiales su generosa simpatía en favor de la revolución cubana (12).

.....

Así lo halló la Revolución de Baire: el patriota cubano, convencido de siempre, con sus mismas energías y su mismo credo de 1851 y de 1868, y constante y eficaz en la nueva labor que le fué a demandar la redención de la Patria. Y ha muerto como tantas veces en su larga vida tuvo que haber deseado: viendo junto a su lecho una numerosa familia, rodeado de sus libros y con la plena conciencia del deber cumplido.

Como poeta, y aunque no tanto como el nombre y como las poesías del gran Heredia, el suyo y las suyas fueron también bandera y programa de los cubanos, sobre todo, su oda *A España*.

---

(1) Antonio García Pullés, Presbítero, Cura Ecónomo de la Parroquia del Sagrario de la Santa Basílica Metropolitana de Stgo. de Cuba. (República de Cuba). Certifico: Que en el libro de bautismos de blancos al folio 44 núm. 91 de este archivo parroquial se halla la siguiente Partida: Año del Sr. de mil

ochocientos veinte y seis, en primero de julio: el Presbítero don Bartolomé Palacios por comición (*sic*) de D<sup>a</sup> Manuel Miyares Presbit<sup>o</sup> Capellán Castrense (*sic*) del segundo Batallón del Regimiento Infantería de Cuba bautizó, puso óleo, crisma y por nombre Pedro Antonio a un Niño nacido el veinte y cuatro del anterior, hijo legítimo de D. Joaquín de Santa Cilia Teniente de Granaderos del expresado Batallón, y de D<sup>a</sup> Isabel Palacios: Abuelos paternos el difunto D. Pedro de Santa Cilia Capitán del tercer Batallón del Regim<sup>o</sup> Infanta de la Havana, natural de Mataró en el Principado de Cataluña, y D<sup>a</sup> Ana María Perez, nat<sup>l</sup> de ésta: Maternos el difunto D. Santiago Palacios y D<sup>a</sup> María del Carmen de Mena, natural de Sto. Domingo: fueron sus Padrinos D. Francisco Javier Cisneros, y su Esposa D<sup>a</sup> María del Carmen de Mena a quienes advirtió el parentesco contrahido (*sic*): Para que conste lo firmo.—Bartolomé Palacios.—Dr. Pedro Palacios Saldurtum.—Es copia de su original Santiago de Cuba veinte y uno de Marzo de mil novecientos diez. Antonio García Pullés.

- (2) *La Piragua*, La Habana, 1856, t. I, p. 341.
- (3) *Crónicas de Santiago de Cuba* recopiladas por Emilio Bacardí y Moreau, Barcelona, 1909, t. II, p. 374.
- (4) *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, por el doctor Vidal Morales y Morales, La Habana, 1901, p. 212-214.
- (5) *Lecciones orales sobre la Historia de Cuba*, ... por Pedro Santacilia, Nueva-Orleans, 1859, p. XI.
- (6) *El arpa del proscrito*, por Pedro Santacilia, Nueva York, 1864, p. 114.
- (7) *Juan Manuel Macías*, por Ramón Mora: *Revista Cubana*, La Habana, 1892, t. XVI, p. 130.
- (8) *El Siglo*, La Habana, 9 octubre, 1863 y números posteriores.
- (9) *Pedro Santacilia*, por Julio Rosas: *El Porvenir*, Nueva York, 17 mayo 1893.
- (10) *Boletín de la Revolución*, Nueva York, 17 marzo 1869.
- (11) *Los cubanos en Méjico*, por X.: *El Palenque Literario*, La Habana, 1878, t. II, p. 88-89.
- (12) *La República*, Nueva York, 25 junio 1871.

*Revista de la Biblioteca Nacional*, La Habana, 1910, t. III, p. 173-178.



## MANUEL DE LA CRUZ

Acuden a nosotros la señora viuda y los jóvenes hijos de Manuel de la Cruz para honrarnos con la misión de escribir la parte biográfica que debe preceder a la segunda edición de los *Episodios de la Revolución Cubana*. Y obligados por el reconocimiento que nos inspira esa honra, sacudimos el polvo a viejas notas publicadas en Europa hace ya catorce años, despertamos recuerdos de diferentes etapas de nuestra vida relacionada con la breve y extraordinariamente laboriosa de Manuel de la Cruz, y con aquéllas y con éstos escribiremos unas notas biográficas que, si no pueden ser lo que debieran, será sin duda lo que podamos hacer.

En carta del 2 de febrero de 1896 saludaba a nuestro querido amigo desde Nueva York la aparición de la *República Cubana*, periódico que publicábamos entonces en París, nos autorizaba para la publicación en el folletín del mismo, y traducidos al francés, de sus celebrados *Episodios*, y se disponía a escribir con igual destino una relación histórico-cubana de grandísimo interés en aquellos momentos. . . y el día 17 caía herido por un ataque fulminante de pulmonía, el 19 sucumbía, y era enterrado el 21 en el cementerio de Greenwood, allí donde reposan Morales Lemus, Miguel de Aldama y otros patriotas cubanos. Así desapareció aquel joven que, no contando más de treinta y cinco años de edad, comenzaba a ser considerado un legítimo carácter y un ejemplo de patriotas.

Manuel de la Cruz y Fernández nació en La Habana el 17 de septiembre de 1861, perteneció a la generación literaria y política que hubo de darse a conocer después de la Paz del Zanjón, y sólo contaría veinte años cuando ya había publicado algunos ensayos literarios, entre otros la narración tan pintoresca y cubana *La hija del montero*, a la par que sin haber ingresado nunca en el Partido Autonomista, iba estudiando sus hombres y sus procedimientos, y con ello formando un juicio cabal de todo lo inútil que tendría que resultar, al fin, cuanto no fuese trabajar por la libertad de Cuba con las armas en la mano.

Más tarde dió a la stampa su folleto *Tres caracteres* (Cortina, Varona y Sanguily), o sean tres personalidades con las que podía contar Cuba para su redención; a la vez que en *La Habana Elegante*, El

*Fíguro, Revista Cubana, El País, El Cubano, El Almendares, La Ilustración Cubana y El Porvenir*, de Nueva York este último, colaboraba con su propia firma o con los pseudónimos de *Isaías, Juan Sincero, Bonifacio Sancho y Juan de las Guásimas*.

Pero sus trabajos de mayor aliento, y que más notoriedad le dieron dentro y fuera de la Isla, son la *Carta abierta al Sr. Berrantes*, su reseña crítico-histórica del movimiento intelectual de Cuba, que sirve de introducción a la parte correspondiente a nuestra patria que figura en *La América Literaria*, editada en la República Argentina por el señor Lagomaggiore, y reseña que el autor tenía determinado refundir en historia de nuestra literatura; y por último, sus *Episodios de la Revolución Cubana*, obra esta última de la que dijo en su oportunidad y con mucho acierto el ya difunto y venerable patriota señor Juan Fraga, que ayudó mucho "a formar el corazón de la juventud que hoy combate heroicamente por la independencia de la patria", y de cuyo libro la segunda edición que ve la luz ahora, es de aquellas obras cubanas solicitadas hace muchos años por nuestro público y también por el extranjero. Muy pronto desaparecieron de mano en mano los ejemplares de la primera, y esto explicará las frecuentes solicitudes de compra a precios verdaderamente elevados. También publicó un volumen de *Cromitos cubanos* y el folleto *La Revolución Cubana y la raza de color*, firmado este último con el pseudónimo de *Un cubano sin odios*.

Mas el libro que hubiera sido la obra maestra de Manuel de la Cruz, aquél donde hubiera resplandecido en notable conjunto sus ventajosas facultades, y entre las que sobresalían la de investigador sagaz, expositor preciso y narrador fecundo, fué *Agramonte*, el libro que la muerte le impidió terminar. Para él rotular su libro: *Agramonte*, era hacerlo con la misma propiedad y con igual justificación de forma y fondo que pueden existir para poner por título a un libro: *Washington*, y a otro: *Bolívar*. Nadie como él estudió aquella colosal figura de hombre, de patriota y de guerrero, ni nadie más que él escudriñó afanoso hasta lo indecible, ni bebió en fuentes tan abundantes y ricas, acudiendo a los testigos más competentes y autorizados, ni reunió el preciosísimo tesoro de documentos públicos y privados, únicos muchos de ellos, y todos indispensables para escribir la vida de Ignacio Agramonte. Una correspondencia extensa y voluminosa, viajes largos y penosos a diferentes lugares de la Isla, lo mismo que a la ciudad, al pueblo, y al igual que a la loma, al valle, al bosque,

o junto al humilde riachuelo, o hasta el mismo pie de gigantesca palma, sacrificios así de salud y de reposo, como de tiempo y de dinero... ¡qué no ideó y qué no llevó a cabo Manuel de la Cruz para recoger, como insaciable avaro, cuanto algo de verdad dijera a contar desde la cuna hasta la hoguera en que hubo de ser quemado Ignacio Agramonte!

Esta fué, brevemente expuesta, la labor literaria de nuestro amigo y compañero. La política no hubo de ser menos meritoria, por más que, como toda conspiración, tuviera que estar sometida al mayor silencio y reserva, y por lo mismo impidiendo que sus hombres pudieran ser conocidos y apreciados por sus trabajos. De acuerdo con el siempre llorado Apóstol Martí, viajó por la Isla, conferenció con Masó, Guiller món y otros jefes dispuestos para la guerra de 1895; después se trasladó a Cayo Hueso, y luego, instalado en Nueva York, hubo de ser elegido como "persona inteligente, discreta, laboriosa y honrada", para desempeñar el puesto de Secretario del entonces Ministro Plenipotenciario de Cuba señor Tomás Estrada Palma. Era, además, por esta época redactor de *Patria*, el órgano oficial de los revolucionarios cubanos en Nueva York, y por último, como corresponsal del acreditado diario *La Nación*, de Buenos Aires, sus cartas habrán de ser consultadas cuando se escriba la historia del último movimiento de la independencia de Cuba, el cual constituyó su anhelo perenne, y al que hubo de consagrar hasta el postrer instante de su corta y fructífera existencia.

*Episodios de la revolución cubana*, por Manuel de la Cruz, segunda edición, corregida y aumentada, La Habana, 1911, p. xiii - xvi.







## JOSE DE ARMAS Y CARDENAS

Sobrecogido dolorosamente por la pérdida irreparable de esta valiosa joya de las letras cubanas, llega en hora tan amarga hasta mi retiro de enfermo, la solicitud —no por insistente y premiosa para mí, desmerecedora de todo encomio por lo que revela de celo y de interés en la marcha de *Social*—, de mi querido amigo el inteligente y aprovechado jefe de redacción de esta notable revista.

Se pretende que yo escriba, con motivo de la desaparición de *Justo de Lara*, siquiera sea una página, pero en tiempo muy limitado, sin lugar ni reposo para poder sustraerme y evocar recuerdos y memorias que tiempo hace no son sino de antes de ayer, y por último, sin la relativa calma que imponen el revolver de papeles viejos y el consultar de libros y folletos.

Y en condiciones tales, ¿qué podrá escribirse sin deberlo únicamente a la memoria, la que no por ser mucha ni por ser poca, deja de ser frágil cuando a bien lo tiene?

Recuerdo sí —y ahora mismo me parece estar viviendo entonces—, aquel día del mes de abril de 1884, cuando llegó a la redacción de *El Triunfo* nuestro ilustre crítico Manuel Sanguily, trayendo en la diestra unas cuartillas y en el semblante una alegría que pudiéramos llamar de satisfacción patriótica. El librero Miguel de Villa acababa de editar en un bien impreso volumen, *El Quijote de Avellaneda y sus críticos*, notable estudio donde al admirarse todo el trabajo de erudición de crítica literaria y bibliográfica y todo el cabal desempeño del cometido, se admiraba no menos que fuera ésta una producción, y más aún, la primera producción, obra de la pluma de un joven cuya edad no pasaba de los dieciocho años. Y todo esto, y más todavía, expuesto de la manera magistral como Sanguily sabe escribir siempre, lo leíamos todos al día siguiente, cuando aquellas cuartillas aparecieron publicadas en las columnas de *El Triunfo*. Desde ese día pudo consignarse con toda verdad en los fastos de la historia literaria de Cuba, que Sanguily había presentado a nuestro mundo intelectual, una joya de alta valía, la que, naturalmente, habría de ser mejor aquilatada cuando a virtud del desarrollo de sus facultades y de la marcha de los años, pudiera ser más y mejor conocida.



Desde aquella época han transcurrido treinta y cinco años, ¡y cuán abundante y rica ha sido la labor literaria rendida por José de Armas y Cárdenas en este largo período! Literato, cervantista, crítico, dramaturgo, periodista, todo, todo lo ha sido aquí, en los Estados Unidos y en España. En la capital de esta última nación a la vez que corresponsal fijo del gran diario *The New York Herald*, lo fué sucesivamente y durante la guerra europea, de los diarios habaneros *La Discusión*, *Heraldo de Cuba* y *El Mundo*; y si reuniéndose la serie de estas correspondencias sobre la expresada guerra, se publicaran en cuerpo de obra, para de este modo poder ser leídas con más detenimiento y estudiadas con mayor atención, sin duda ninguna que habrían de colocar toda esta obra entre las más notables escritas por plumas aguijadas por la sucesión abrumadora de los acontecimientos de aquella espantosa guerra.

Recogida la producción intelectual de Armas y Cárdenas —que hasta el día, fuerza es considerarla esparcida en numerosas publicaciones— dispondríamos de una copiosa bibliografía, de utilidad indiscutible para llevar a cabo distintos empeños. Quede, pues, encomendada tarea tan difícil cuanto meritoria, a quien pueda en lo porvenir realizarla cumplidamente, y terminemos ofreciendo a los lectores, siquiera sea algunos títulos de los libros y folletos publicados por el ilustre compatriota que hemos perdido.

## BIBLIOGRAFIA

1884

- 1.- *La Dorotea* de Lope de Vega. Estudio crítico, por José de Armas y Cárdenas. La Habana. Editor: Miguel de Villa. 1884. 12º, 59 p.
- 2.- *El Quijote de Avellaneda y sus críticos*, por José de Armas y Cárdenas. Editor: Miguel de Villa, 1184. 12º, 90 p.

1905

- 3.- *Cervantes y el Quijote*. El hombre, el libro y la época, por *Justa de Lara* (José de Armas y Cárdenas). La Habana, Imp. y Lib. La Moderna Poesía, 1905, 8º, VII-134 p.

La primera parte de este libro obtuvo el premio para la mejor biografía corta de Cervantes, en el certamen del *Diario de la Marina*.

Contiene las materias siguientes: I El hombre. La Vida de Cervantes. —II El libro y la época.—III Cervantes en el Renacimiento.

1906

4. - *Los dos protectorados*. Observaciones al pueblo de Cuba por J. de Armas, con una carta-introducción por D. T. Lainé. La Habana, Imp. y Pap. de Rambla y Bouza, 1906. 8º, 47 p.

Colección de artículos publicados en los periódicos de La Habana *Diario de la Marina*, *The Havana Daily Telegraph*, *La Discusión* y *Cuba y América*.

1909

5. - *Cervantes y el duque de Sessa*. Nuevas observaciones sobre el Quijote de Avellaneda y su autor, por José de Armas (*Justo de Lara*). La Habana, Imp. P. Fernández y Cº, 1909. 12º, 117 p.

Artículos publicados en el *Diario de la Marina*, de La Habana, en los meses de noviembre y diciembre de 1908.

1910

6. - *Ensayos críticos de literatura inglesa y española* por José de Armas. Madrid, Lib. General de Victoriano Suárez. 1910. 8º, 314 p.

Ensayos publicados por primera vez en periódicos de Cuba y España desde 1884 hasta 1909. Obra dedicada al insigne James Fitzmaurice-Kelly. Contiene las materias siguientes: Marlowe. — Sobre *Othello*. — Samuel Pepys. — Calderón en Inglaterra. — Joyas bibliográficas del Museo Británico. — Cervantes. — Sobre una historia de la literatura española. — Moreto. — Algo sobre Séneca. — Martí. — *Plácido* o "El poeta envilecido". — Hablando con Menéndez y Pelayo. — Los satíricos. — Antoine de Brunel y su viaje a España en 1655. — Los libros de Colón. — La verdad histórica. — Sarasate.

7. - *Estudios y retratos* por José de Armas. Madrid, Lib. Gen. de Victoriano Suárez, 1911. 8º, XI-314 p.

Son el primero y el segundo de los artículos que debían formar parte de una Historia del Renacimiento, proyecto que él tuvo en los primeros años de escritor. Contiene las materias siguientes: Los Humanistas del Renacimiento. — Ulrico de Hutten. — Lope de Vega.

— La economía política y la historia. — Literatura dramática francesa. — *Phedra*. — *Hernani*. — *La dama de las Camelias*. — Influencia del pesimismo en el siglo XIX. — Algo sobre la envidia. — Itálica. — Barcelona. — Las dos Giocondas. — La pintura española y el Greco. — Velázquez. — La pintura antigua y su crítica en España. — Hombres de mi tiempo. — Vara del Rey. — Mr. Taft. — Mr. Roosevelt. — González de Mendoza. — Domingo Fernández Cubas. — Don Manuel Cañete. — Alarcón. — Julián del Casal.

1915

8.- José de Armas y Cárdenas. *Historia y literatura*. La Habana, Jesús Montero, editor. Lib. Studium, 1915. 8º, 279 p.

(*Biblioteca de Autores Cubanos Contemporáneos*).

Estudios escritos de 1911 a comienzos de 1914, y aunque publicados ya en periódicos de Cuba y España, el texto de éste aparece con notables adiciones y enmiendas. Contiene las materias siguientes: El martirio de Servet. — Don Hernando de Acuña. — Montaigne. — Erasmo y su *Elogio de la locura*. — La Rochefoucauld. — Madame de Lafayette y *La Princesa de Cleves*. — La Du-Barry. — Diderot. — Laurence Sterne. — Una amigueta de Napoleón. — Talleyrand. — La calumnia de la señora Beecher Stowe. — Nietzsche y Sepúlveda. — La muerte de Lassalle. — Algo sobre Wagner. — Dostowiesky. — Edgard A. Poe. — Whitman. — Amores de Chateaubriand. — Víctor Hugo y *Los trabajadores de mar*. — Veuillot. — El melodrama de Pixerescourt.

1916

9.- José de Armas. *Cervantes en la literatura inglesa*. Conferencia leída en el Ateneo de Madrid el día 8 de mayo de 1916. Madrid, Imp. Renacimiento, 1916. 16º, 38 p.

Por indicación e influencia del señor Labra, esta conferencia fué escrita por José de Armas y leída en el Ateneo, por el escritor y poeta don Alberto Valero Martín. Dedicada a Edmund Gosse.

*Social*, La Habana, enero de 1920.



# RECUERDOS DEL GENERAL NARCISO LOPEZ

## I

### ANIVERSARIO

El 1º de septiembre de 1851, el capitán general que gobernaba en Cuba, don José Gutiérrez de la Concha, hizo morir en el humillante "garrote vil" (1) al general Narciso López, aquel arrojado y temible guerrero que, luego de haber admirado en la guerra de España, cubierto de honores militares y poseedor de una reputación extraordinaria como jefe, vino a Cuba a sacrificar su vida por la conquista de la independencia de aquélla. Sesenta y nueve años se han cumplido en este último 1º de septiembre, a contar desde aquel luctuoso día de 1851, y con el propósito de conmemorarlo vamos a reunir aquí aquellos recuerdos personales que no por su significación muy relativa dejan de ofrecer cierto interés en la vida del desventurado caudillo cubano.

## II

### LA CARTA DEL GENERAL

Residíamos en París en 1892, cuando conocimos y llegamos a tratar con toda intimidad, al señor Narciso López y Frías, único vástago, tenido por el General, en Madrid, de su matrimonio con la señora Dolores de Frías, una de las dos hermanas del conde de Pozos Dulces, y quien casó en segundas nupcias con don José Antonio Saco. De edad temprana su padre lo envió a educarse en Suiza, al cuidado del pastor Naville; y la carta inédita que de él poseemos, manifiesta cómo el general López no era, por lo menos tanto como fué fama, un hombre de carácter ligero, superficial, irreflexivo y alocado: la carta revela todo el interés que en lo intelectual como en lo físico le inspiraba el porvenir de su hijo, y de haber vivido lo bastante, hubiera tenido el padre la satisfacción de contemplar al hijo ya un hombre culto y bien educado, tenor y profesor de canto distinguido, y poseyendo además un desarrollo físico que hartó lo revela en el retrato el hermoso pecho, que tal parece vaciado en el molde del de su hercúleo progenitor. A nuestra amistad, pues, con el hijo debemos el regalo de los siguientes preciosos objetos que vamos a historiar.

## III

## EL BUSTO

A la muerte del general López, un admirador suyo, escultor italiano, residente en Nueva Orleans, hizo dicho busto, del cual obtuvo después dos ejemplares en yeso el conde de Pozos Dulces. Al fallecimiento de éste, fueron heredados por el hijo del General, quien hubo de cedernos uno de ellos en 1893, y el cual fué ornamento de nuestro domicilio y de la redacción de *La República Cubana en París*, hasta el año 1913, en que hicimos donación de él al Museo Nacional, por ser sin duda este centro el lugar más apropiado para la conservación de dicho busto.

## IV

## LA BANDA

Constituye esta banda uno de los honores con que el gobierno de España distinguió los méritos de Narciso López. Es la banda de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo y nos fué regalada poco tiempo después de haber recibido el busto. Añadiremos que el general López, además de ser Mariscal de Campo, poseía la gran cruz de Isabel la Católica, la laureada de San Fernando y otras condecoraciones.

## V

## DESEMBARCO EN PLAYITAS

De una litografía, que existe hoy en la Biblioteca Nacional, es la reproducción que ahora ofrecemos. Una igual conservaba en la sala de su casa de París el hijo del General, y ella nos sirvió para ilustrar una de las páginas del número de *La República Cubana* que el 9 de septiembre de 1897 consagramos a la memoria del general López. El original de dicha litografía fué un hermoso cuadro al óleo, alegórico, que por mucho tiempo se ostentó en la sala de la residencia del patriota Domingo de Goicouría, en Nueva York. Representa al caudillo en el momento de haber abandonado el vapor Pampero y desembarcar,

el 12 de agosto de 1851, y al frente de su expedición de unos seiscientos hombres, en Playitas, término municipal de Bahía Honda, provincia de Pinar del Río.

## VI

### CONCLUSION

Llega hasta aquí cuanto hemos juzgado necesario decir. Pero al dejar la pluma nos asalta una pregunta. El hijo del general Narciso López cuenta ya más de dos años de fallecido. Antes, muchos años antes, habíamos llevado a enterrar a su media hermana, la interesante hija de José Antonio Saco. ¿Y dónde se hallarán ahora todos aquellos inapreciables recuerdos que de sus ilustres padres respectivos guardaban los hijos en su casa de París?

---

(1) También sufrieron el martirio en el garrote, los otros probados e inolvidables patriotas cubanos, Graciliano Montes de Oca, Eduardo Facciolo, Ramón Pintó, Francisco Estrampes, Francisco León y Nuez, Agustín Medina, Gaspar Agüero, Diego Agüero, Domingo de Goicouría, y Luis Ayestarán, y ninguna de estas nobles figuras de la independencia cubana tiene todavía una estatua, ni una lápida, ni su recuerdo se encuentra más que en la memoria y en el corazón de los menos de los cubanos.

*Social*, La Habana, octubre de 1920.



## JOSE ANTONIO SACO

BAYAMO: 7 MAYO 1797 — BARCELONA: 26 SEPT. 1879

Para comienzo de una galería de figuras ilustres de Cuba de la centuria pasada, con algunos rasgos biográficos correspondientes, ha tenido *Social* —para lo primero— el acierto muy loable de escoger la personalidad del insigne Saco —y para lo segundo— la distinción, por demás honrosa para mí, de elegir, como complemento de ese trabajo, unos fragmentos de la introducción que en breve aparecerá al frente del epistolario *José Antonio Saco. Documentos para su vida*. Sirvan estas líneas de advertencia a quien lea y de expresión de reconocimiento al periódico citado.

.....

Las cartas inéditas que van a leerse fueron escritas durante un período de cuarenta y tres años. No fué el único el señor José Luis Alfonso, pero sí uno de aquéllos a quienes Saco escribió más cartas, con más frecuencia, más íntimas y familiares, y precisamente por esto, más espontáneas y libres de toda esa discreta precaución o necesaria prudencia que imponen las circunstancias a las cartas de los hombres públicos, y con mayor motivo si esos hombres tienen, como tuvo Saco, una significación tan singular y elevada en el desenvolvimiento general de su patria.

.....

Y sin hipérbole puede afirmarse que documento ninguno será de más valor para conocer a Saco, como esta correspondencia al marqués de Montelo, la que dirigió a Luz y Caballero y otras. Nunca un Saco más íntimo, ni más privado, ni más franco, ni espontáneo podrá conocer la historia en sus investigaciones críticas para llegar a poseer el juicio más cierto y completo respecto a la psicología de éste y al mérito de su obra (1). En aquélla se presenta Saco, cuya energía y verdad de lenguaje en sus publicaciones tanto le caracterizan, con toda la mayor libertad de pensamiento y de palabra que pudiera exigirse; como que, indiscutiblemente, no puede serlo más allá de lo que es dable en estas cartas íntimas. Escribiendo a Del Monte o a José Luis Alfonso, es el Saco más completo que puede estudiarse.



Sus sentimientos, sus juicios, sus prevenciones, sus vaticinios, sus temores y sus angustias, en parte ninguna de su producción publicada pudieran hallarse más detallados ni exactos, para apreciar justamente su carácter y otras cualidades del hombre, como en esta colección de cartas. Y si luego se recuerda que todas estas manifestaciones de aquel corazón y de aquel talento, no las movía ni las inspiraba nada en lo absoluto que no fuera la consecución de las libertades y de la personalidad cubanas, ¡qué patrióticamente grande surge y se eleva entonces la figura del estadista inolvidable!

.....

Contadas han de ser de dichas cartas las que, por íntimas, familiares, cortas y escritas a vuela pluma, no ofrezcan algo relacionado con cualquier asunto de Cuba o con algún aspecto del Saco hombre público o del Saco hombre privado. Difícil es hallar alguna carta suya en la cual no trate de un problema cubano, o haga referencia a un compatriota o extranjero más o menos relacionado con nuestra patria. Y si se quisiese considerarlo como una obsesión, forzoso sería convenir en que Saco vivió toda su vida presa de la obsesión más sublime: hacer una patria libre, próspera, digna. Este empeño lo mantuvo con una sinceridad tan profunda y una consecuencia de convicciones tan firme, que para no separarse de ella, no le detuvo en ciertas ocasiones llegar a verse manteniendo puntos de vista distintos de los de muchos de sus compatriotas. Por eso respondió a José Antonio Echeverría en carta fechada en Toulouse el 4 de enero de 1863:

Nada en el mundo me es tan grato como marchar de acuerdo con los cubanos; pero cuando mi conciencia descubre una contradicción entre los intereses de Cuba y la opinión de sus hijos, yo sigo el rumbo que aquélla me indica y no el que los cubanos me señalan (2).

.....

Esta correspondencia de principios en la plenitud de aquella época tristísima de destierro que en la vida de Saco abrió el 13 de septiembre de 1834 el general Tacón, aquél que “gobernaba con una soberbia insolente y con un despotismo sin límites” (3), y por lo que aquél mismo va refiriendo, le hallamos en actitud siempre errante, intran-

quilo, enfermo, viajando ya por tierra, ya por mar, entre España, Portugal, Francia e Italia, huyendo de las estaciones peligrosas para su salud, dominado por nostalgia profunda, la cual pinta exacta y tristemente en su carta del 24 de febrero de 1837, cuando dice:

...yo no veo delante de mí sino un largo destierro, y quizás una eterna expatriación.

Y hubieron de ser proféticas estas palabras, porque así como hubo de regresar a La Habana muchos años más tarde, fué, al igual del gran Heredia, sólo por corto tiempo, y volviendo luego y para siempre a emprender la jornada del destierro. En él continuó incansable hasta contados días antes de fallecer, como ya hemos dicho, y abogando de cuantas maneras pudo, por la causa de la patria. Por eso aceptó el nombramiento de Comisionado de la Junta de Información de 1866, y el de Diputado a Cortes por Santiago de Cuba en 1879; aunque entonces, y como antes y toda su vida, estuvo convencido de que era:

...imposible defender los intereses materiales, políticos y morales de Cuba, sin concitar el odio y la venganza de los gobernantes y del gran partido unido de ellos (4).

Cuando el contemporáneo cubano, aquél que puede con todo legítimo orgullo y derecho llamarse cubano, porque ama y defiende su independencia y su nación, allá en las altas y silenciosas horas de la noche, separa los ojos del libro de Saco que está leyendo, y cerrándolos, apoya la frente sobre la siniestra, y evocando sus recuerdos de otras lecturas de historia colonial cubana, emprende una incursión por el dilatado y tenebroso camino recorrido en servicio de Cuba por aquel compatriota insigne desde que comenzó su carrera pública hasta que hubo de apagarse su vida, y va, como de etapa en etapa, deteniendo su marcha ante cada uno de los esfuerzos realizados, de los hechos consumados por el talento y por la pluma del patriota ejemplar; y cuando después vaya leyendo estas cartas y encontrando en ellas explicados, si no ampliados, muchos pasajes de la historia de Saco, la cual no fué más que una larga y dolorosa época de la historia de Cuba, entonces ha de ser cuando pueda apreciar el interés de aquéllas, y también entonces cuando más que nunca habrá de admirar la profunda sinceridad patriótica del grande hombre que en 1848 exclamaba:



...yo quisiera que, si Cuba se separase, por cualquier evento, del tronco a que pertenece, siempre quedase para los cubanos y no para una raza extranjera (5).

(1) Entre sus folletos y libros citaremos los siguientes: *Elementos de derecho romano*. Filadelfia, 1826; *Memoria sobre caminos en la Isla de Cuba*, Nueva York, 1830; *Habana. Carta a un patriota...*, Cádiz, 1835; *Paralelo entre la Isla de Cuba y algunas colonias inglesas*, Madrid, 1837; *Examen anatómico del informe de la comisión especial nombrada por las Cortes...* Madrid, 1837; *Mi primera pregunta. ¿La abolición del comercio de esclavos africanos arruinará o atrasará la agricultura?...* Madrid, 1837; *Carta de un cubano a un amigo suyo...* Sevilla, 1847; *Ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, París, 1848; *Réplica de don José Antonio Saco a los anexionistas que han impugnado sus ideas sobre la incorporación de Cuba en los Estados Unidos*, Madrid, 1850; *La situación política de Cuba y su remedio*, París, 1851; *Cuestión de Cuba...* Nueva Orleans, 1853; *Colección de papeles científicos, históricos, políticos y de otras ramas sobre la Isla de Cuba ya publicados, ya inéditos*, París, 1858-59; *La esclavitud política a que las provincias de ultramar fueron condenadas por el gobierno y las Cortes Constituyentes en 1837, fué un acto anticonstitucional y nulo*, París, 1866; *L'Esclavage á Cuba et la révolution d'Espagne*, París, 1869; *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, París, 1875, Barcelona, 1877-79, La Habana, 1883-93; *Colección póstuma...* La Habana, 1881.

(2) *Iniciadores y primeros mártires de la Revolución Cubana*, por el doctor Vidal Morales y Morales, La Habana, 1901, p. 438.

(3) *Colección póstuma...*, por don José A. Saco, La Habana, 1881, p. 22.

(4) Carta de Saco a El Lugareño, fechada en París el 19 de marzo 1848: *Iniciadores y primeros mártires...* cit. p. 221.

(5) *Colección de papeles...*, por don José Antonio Saco, París, 1859, t. III, p. 315.

*Social*, La Habana, enero de 1921.



## ANTONIO BACHILLER Y MORALES

LA HABANA, 7 DE JUNIO 1812 — 10 DE ENERO 1889

Entre los beneméritos de Cuba habrá de figurar siempre Bachiller y Morales. Nacido de familia pudiente y de lo más distinguido, de todas las facilidades apetecidas, a los estudios a los cuales le inclinaban sus nacientes aficiones; y fué tanto su deseo de saber y tanta su perseverancia para aprender, que sin exageración ninguna puede afirmarse que estuvo estudiando y estuvo aprendiendo hasta la postrimería de su larga y meritoria existencia.

Así también puede afirmarse que hasta entonces estuvo enseñando y vulgarizando por medio de la palabra, y más todavía, por medio de su incansable pluma, todos los muchos y variados conocimientos que atesoraba.

Cierto día, en un grupo de intelectuales que recordaban con toda la justicia merecida la labor intensa y provechosa de Bachiller y Morales en los diversos órdenes del desenvolvimiento intelectual de Cuba, dijo nuestro eximio Manuel Sanguily estas palabras:

—Bachiller leía con la pluma en la mano.

Y en verdad que nunca con mayor laconismo ni exactitud y propiedad pudiera haberse hecho una pintura del polígrafo, y sobre todo, del polígrafo vulgarizador. Llegar a sus manos una revista o un libro, leer un artículo de aquella o un capítulo de éste, mientras mantenía con la siniestra el impreso, escribir con la diestra, todo era uno, ya lo hiciera arrellenado en su cómoda y vetusta butaca de caoba, o inclinado sobre su grande y no menos antigua mesa de trabajo; y de allí, aún con la tinta húmeda, sin dar una ligera lectura de revisión a lo escrito, partir rápidamente para la redacción de un periódico un rimero de cuartillas, conteniendo un artículo de historia, de filosofía, de agricultura, de bibliografía, de economía política, en fin, erudito, útil y encaminado a llevar al conocimiento de todos no sólo una noticia, sobre aquello que acababa de leer, sino, además, las observaciones o los comentarios de un orden cualquiera que el mismo le había sugerido.



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Debemos añadir que la fecundidad de Bachiller como publicista hubo de ser extraordinaria. La estadística que poseemos autoriza a decir que sólo en el año de 1842, y sin contar los trabajos anónimos, dió a la estampa la suma de noventa y seis artículos, y que en los años restantes de la década de 1840 a 1849, no fueron menor de veinte por año las producciones con su firma publicadas en los periódicos de La Habana. Y téngase en cuenta que esto lo hizo además de cumplir con su colaboración en la prensa extranjera, principalmente en la de México y España, publicó folletos y libros, ejerció la abogacía, desempeñó una cátedra universitaria, sirvió diversas secretarías y evacuó no pocos informes técnicos y administrativos.

Y no se olvide que todo esto lo hizo este eminente repúblico, movido por un sentimiento únicamente: su amor entrañable a su patria, a Cuba, aquel amor profundo, grande y desinteresado que caracterizó a nuestros patricios de la última centuria y que con ellos partió para el sepulcro...

Y todavía no se llama Calle de Bachiller calle ninguna, ni en una de las plazas de La Habana se le ha consagrado una estatua. Y es porque el Cabildo de hoy, que tan bochornosos desaciertos viene imponiendo a la Ciudad en la mayor parte de los nuevos nombres de las calles, no sabe, ni en sueños ha pensado, lo que significa, lo que representa en la historia del Ayuntamiento de La Habana, la figura de Bachiller y Morales, y el reconocimiento que ese municipio le debe.

En cambio, y para honor mismo de los planteles correspondientes, y como expresión del más merecido de los homenajes, se ostenta su retrato colocado en la Universidad, Instituto de Segunda Enseñanza, Biblioteca Nacional, Academia de la Historia y Sociedad Económica.

Terminaremos ofreciendo una breve nota siquiera sea de algunas de las obras publicadas por él, y las cuales, como las restantes, no deben faltar en las bibliotecas cubanas:

1.- *Fisiología e higiene de los hombres dedicados a trabajos literarios*, traducción de Reveillé-Parise, La Habana, 1843.

2.- *Estudio sobre la propiedad*, traducción de Víctor Molinier, La Habana, 1844.

3.- *Antigüedades americanas*, La Habana, 1845.

4.- *Prontuario de agricultura general*, La Habana, 1856.



- 5.- *Elementos de la filosofía del derecho*, La Habana, 1857.
  - 6.- *Apuntes para la historia de las letras y de la instrucción pública de la Isla de Cuba*, La Habana, 1859-1861.
  - 7.- *Guía de la ciudad de Nueva York*, Nueva York, 1872.
  - 8.- *Cuba primitiva*, La Habana, 1883.
  - 9.- *Cuba: monografía histórica*, La Habana, 1883.
  - 10.- *Los negros*, Barcelona, 1887.
- Social*, La Habana, marzo de 1922.



## LA MUERTE DE UN EXCELENTE GABRIEL DE ZENDEGUI

Por si quieres saber de mí, te diré que estoy en condiciones de salud bien precarias y, por tanto, sin fuerzas para hacer nada de provecho, viviendo enteramente por el cuidado de mi buena mujer.

No hace todavía sino meses que la pluma de Gabriel de Zéndegui me escribía las tristes líneas que acaban de leerse, en una carta que, cual todas las suyas, sus amigos íntimos conservan reunidas como muestras de un estilo singular, abundante en símiles y metáforas propios y felices, y evidenciando un fondo de sinceridad y un sentimiento de noble franqueza nada comunes. Y ayer —el 15 de mayo último— un telegrama enviado desde Londres por su desconsolada viuda, anunció a su familia la pérdida dolorosa de Gabriel de Zéndegui. Aquella salud se apotó al fin, y aquel cubano se desplomó para siempre.

Un período de más de medio siglo de una amistad nacida en los bancos del colegio y conservada en todas las circunstancias de la vida, unió a Zéndegui con un grupo de condiscípulos de los que aún viven, entre otros, Raimundo Cabrera, quien acaba de recordar en *El Figaro* —con toda la verdad y estilo muy conmovedor—, esta época de que hablo, inolvidable para él como para mí. Después, en distintas ocasiones y en diversas ciudades del extranjero, con Zéndegui mantuve relaciones que sirvieron para acrecentar mucho más el afecto y el cariño de colegiales que nos unía, y para que yo encontrase nuevos motivos de admiración por sus condiciones morales y por sus méritos intelectuales. Era necesario tratarlo en la intimidad y con frecuencia, para llegar a saber que no son comunes aquellos caracteres tan elevados, tan enteros, ni tan completos. Nunca un ideal, un concepto de patria, más noble, más puro ni más levantado que el concebido por él y propagado toda su vida, lo mismo con su palabra como con su pluma. Para él —como lo estoy leyendo en una de sus interesantes epístolas de las que tengo delante— “El amor a la patria, como todos los amores, goza en servir, exprésase dando”; y ¡cuánto no fué lo que él mismo, y desde muy joven, practicó este bello principio, en aquella desgraciada Cuba colonial, objeto perenne de todas sus esperanzas,

y después en el extranjero, apoyado constantemente al timón de Milanés en espera de la aurora de Yara y de Baire!

Hombres de sólida preparación y de conocimientos tan variados como profundos, bien permite suponer que le fueran familiares el manejo de distintos idiomas extranjeros, más todavía, que poseía éstos con sus correspondientes literaturas y aun con las particularidades características. Y buena muestra de esto son los dos libros de versos que nos ha dejado, y en los que, al par de poesías escritas en su lengua propia, se leen acabadas traducciones de los más famosos bardos ingleses, franceses, italianos, norteamericanos y alemanes.

Hace ya varios años que di a la estampa en las páginas de la meritoria y muy buscada *Cuba y América*, un artículo en el que, además de mis recuerdos personales relativos a Zéndegui, recogí una parte no muy pequeña de su bibliografía. Tiempo me falta ahora para papelear en mi biblioteca, en busca de ese artículo y con el designio de reproducir la suma bibliográfica que allí aparece. En cambio, puedo ofrecer esta *addenda y corrigenda*, entre las que se incluyen primeras y segundas ediciones de varias poesías:

1877

1.- *El sol de los insomnes*. (De Byron). (*Revista de Cuba, La Habana*, 1877, t. I, p. 536).

1878

2.- *Una buena obra*. (*La Familia, La Habana*, 1878, p. 155). Relata cómo la revista francoamericana *La République des Lettres* pidió a Víctor Hugo una página de versos inéditos, para pagar por ella 300 francos al grabador francés necesitado Rodolphe B..., y cómo el poeta correspondió con *La siesta de Juana*.

1880

3.- *La musa inmortal*. Poesía. (*Revista de Cuba, La Habana*, 1880, t. VIII, p. 566-569).

1881

4.- *Los exploradores*. (*Album Milanés, Matanzas*, 1881, p. 126-127; *Revista de Cuba, La Habana*, 1884, t. XV, p. 230-232).



1882

5.-*Magnetismo*. A Diego V. Tejera. (*El Palenque Literario*, La Habana, 1882, t. III, p. 398; *Revista Habanera*, La Habana, 22 febrero 1883).

6.-*Confianza*. (*La Caridad*, La Habana, 27 octubre 1882, p. 5. Fragmento de prosa). Incluido en el número único de este periódico consagrado a ser vendido a favor de las víctimas del ciclón de la Vuelta Abajo.

1883

7.-*Después del trabajo en Nueva York*. (*Revista Habanera*, La Habana, 4 marzo 1883). Artículo.

8.-*La mente del poeta*. (De Tennyson). New York, 1882. (*Revista Habanera*, La Habana, 18 marzo 1883).

9.-*Bibliografía norteamericana. Un nuevo libro de Oswald*. (*Revista Habanera*, La Habana, 22 marzo 1883).

10.-*La flecha y la canción*. (De Longfellow). (*Revista Habanera*, La Habana, 25 marzo 1883).

11.-*Poemita en prosa de Tourguenef. Las ninfas*. (*Revista Habanera*, La Habana, 15 abril 1883).

12.-——*Diálogo*. (*Revista Habanera*, La Habana, 19 de abril 1883).

13.-——*La naturaleza* (Ensueño). (*Revista Habanera*, La Habana, 25 abril 1883).

14.-——*Una fiesta en casa del Buen Dios*. (*Revista Habanera*, La Habana, 26 abril 1883).

15.-——*El gorrión*. (*Revista Habanera*, La Habana, 29 abril 1883).

16.-*Idilios noruegos y otras poesías*. (*Revista Habanera*, La Habana, 20 mayo 1883). Juicio de la traducción inglesa de estas poesías hecho por el literato noruego H. H. Boyesen.

1920

17.-*Sones de la lira inglesa*, por G. de Zéndegui. *Humphrey Milford Oxford University Press*. . . 1920. 16º, 160 p.

Traducciones en verso de los más famosos poetas ingleses, entre ellos algunos americanos.



Zéndegui fué un hombre de los más amantes del hogar y de la familia. La vida mundanal y de sociedad no se la explicaba sino en ocasiones ineludibles. En cambio, lo mismo en La Habana y en Nueva York, como en Buenos Aires y en Londres, la vida del hogar fué siempre la de su preferencia y la de sus hábitos. Y en su hogar de Londres, entre los brazos y las lágrimas de su devota compañera y de su joven hija, sucumbió decepcionado y profundamente desgarrada el alma por las desgracias de la patria y por las heridas que a él mismo le infirió el destino.

*Social*, La Habana, junio de 1922.



## LA CONDESA DE MERLIN

LA HABANA: 5 FEBRERO 1789 — PARIS: 31 MARZO 1852

### ACLARACION

Nos habíamos propuesto no contribuir de manera ninguna respecto a la publicidad que se viene haciendo relativa a la habanera muy ilustre Condesa de Merlín en sus relaciones con el Convento de Santa Clara, por diversas razones, unas antiguas y otras recientes, pero que todas juntas concurrirían a demostrar lo nada imprescindible de nuestra cooperación. Así lo hemos expuesto a aquellas personas que en la calle o en nuestra casa nos han interrogado, y esto mismo deseamos que reciba como respuesta —junto con el mayor reconocimiento— el fecundo y celebrado publicista cubano *Incógnito*, por haber tenido la extremada bondad de recordarnos instándonos en el *Diario de la Marina* para que tomáramos parte en el acontecimiento que se realiza. Y llegue también nuestra debida gratitud a la octogenaria y muy sentida poetisa señorita María de Santa Cruz, sobrina carnal de la Condesa, y al estudioso e ilustrado doctor Abdón Tremols, quienes han tenido también para nosotros un recuerdo al ocuparse de la Merlín en el mismo diario.

Pero obligado con la revista *Social*, por deberes que imponen las necesidades de su redacción —a la que de antiguo pertenecemos—, y respondiendo además a sus expresas y reiteradas solicitudes, forzados nos vemos a quebrantar por una vez nuestra determinación, para publicar siquiera sean unas breves notas y observaciones que vengan a acompañar el precioso retrato que antes de ahora no sabemos que haya adornado publicación alguna de Cuba.

### FECHAS RECTIFICADAS

Comenzaremos por fijar la fecha de nacimiento y la de muerte de la Condesa. El acta de bautizo publicada por el *Diario de la Marina* es conforme a la que conservamos hace ya algunos años. Ciertamente nació en 1789, pero son las menos aquellas de sus biografías que no ofrecen una fecha inexacta. Respecto a su muerte, también se lee que ocurrió el 1º de febrero, según unos, y el 13 de marzo, según

otros, siendo la verdad que falleció el 31 y fué enterrada el 2 de abril, o sea dos días después de su muerte, pues como es sabido, en Europa no observan nuestra costumbre de inhumar a las veinticuatro horas de ocurrido el fallecimiento. Por cierto que ante la vista tenemos la certificación de la correspondiente parroquia, donde se declara que la Condesa murió a los sesenta y un años, y no a los sesenta y tres, que es lo verdadero.

### SUS PRIMERAS OBRAS

*Mis doce primeros años e Historia de la Hermana Santa Inés* son los primeros libros de la condesa de Merlín. Fueron publicados anónimamente, y las traducciones únicas de éstos se deben al señor Agustín de Palma, cubano, sobrino del distinguido poeta Ramón de Palma, y quien modestamente figura en la portada de dichas obras sólo con sus iniciales. De la primera de estas dos traducciones conocemos hasta cuatro ediciones, y dos de la segunda.

En ambas obras, y sobre todo en la última, se demuestra que hay mucha parte de pura imaginación. Lejos de ser novelas, desde su aparición en la prensa francesa los críticos las apreciaron como realmente son: un relato literario de cierto origen real.

Esto cuanto al conjunto de ambas producciones. Por lo que hace a la primera, o sea *Mis doce primeros años*, nos parece que en verdad es bien limitada y muy sencilla la época de la condesa de Merlín en el Convento, para que todo el episodio ofrezca notoriedad para la vida de la Condesa ni para la historia del Convento tampoco. Ella, alimentada sin duda su joven y ardiente imaginación con la lectura de las obras francesas de la literatura romántica de 1830, utilizó la relación de un hecho del cual fué protagonista en su niñez, para presentarnos el primero de sus libros.

### EL "VIAJE A LA HABANA"

No es ésta la mejor obra de la condesa de Merlín, como se ha dicho, ni tampoco es una obra propia. Si se exceptúan los apuntes biográficos escritos por la Avellaneda, y pobres de noticias como abundantes de acertadas reflexiones queda una serie de diez cartas escritas por la Merlín, y las cuales ya habían sido publicadas en *La Presse* de París bajo el título de *Fragments d'un voyage a la Havane*,

y más tarde incluídas todas con otro orden de numeración romana, dedicatorias, notas, etc., en *La Havane*, para cuya obra fueron escritas, y de lo cual resulta que el *Viaje a La Habana* no es más allá de un grupo de cartas anticipadas al público en idioma español, en un tomo para luego, con otras muchas más y en tres volúmenes ofrecerlas en lengua francesa.

### “LA HAVANE”

La más conocida de sus obras es ésta. De ella hace años que en un extenso trabajo dijimos cuanto sigue:

*La Habana* es una obra escrita, sobre todo, con un propósito mercantil. Hacer un viaje desde París a la capital de Cuba, y regresar no llevando por lo menos un par de cuadernos repletos de apuntes que utilizar después para escribir un libro de viaje, hubiera sido desdeñar una buena ocasión de provecho positivo, sobre todo para quien, como la condesa, por su condición de nacida en La Habana, y aunque de la tierra natal había partido a los once años de edad, para no volver a ella sino después de contar ya más de cincuenta, le daba aparentemente cierto carácter de autoridad para poder tratar de La Habana y ser más creída que un escritor extranjero. Pero su estada en la ciudad hubo de ser tan corta, que es bastante hojear su libro para conocer que por el volumen de éste y por las diversas e importantes materias que comprende, no es humanamente posible que viajero ninguno haya logrado llevar a cabo obra semejante.

De aquí la desigualdad, la falta de plan de ese libro y otras muchas observaciones que no caben dentro de la brevedad de estas notas.

### LA CANTANTE

Si no fué gloria en las letras, cierto es también que lo hubo de ser en el canto, sólo que le faltó precisamente aquello de que no necesitó: lanzarse al teatro, ocupar profesionalmente las tablas. Su posición social y pecuniaria, entre otros motivos, le impidieron ser una Malibrán, una Crisi del escenario, pero ¡cómo se confundía su mérito lírico con el de ellas cuando en los conciertos tomaban parte separadas o juntas!



Después de haber brillado en el Real Palacio de Madrid, y una vez instalada en la calle de Bondy, en París, en el primer piso de la casa número 40, después número 56, fué allí la reina de la hermosura y de la gracia, y sus salones, que pasaron a figurar en la historia del arte musical en Francia, se vieron frecuentados por cuanto había de celebridad en el arte, la literatura y la política entonces. Allí se reunían en animada sociedad, la Malibrán, la Grisi, la Sparre, el maestro Rossini, el tenor Mario, Balzac, Théophile Gautier, Girardin y su esposa Delfina Gay, Alfredo de Musset, Berryer, George Sand, Thiers, Martínez de la Rosa, Sainte-Beuve, Chateaubriand y James Rothschild entre otros muchos. El piso de la casa bajo aquél ocupado por la Merlín, lo habitaba la condesa Honoré Baston de La Riboisiere. Era también persona muy rica y de la primera sociedad; pero mientras que en sus salones se celebraban únicamente bailes, en los de la Merlín se hacía música de canto, de piano y de orquesta.

### SU BIOGRAFIA

No son pocas las biografías de la condesa de Merlín que se han publicado en Francia y en La Habana. En España publicó una la Avellaneda, autora que no se explicará nadie cómo estando en íntima correspondencia, como nos consta, con la Condesa, no fué lo suficiente instruida para evitar todos los errores que contiene su trabajo. En La Habana han sido publicadas las de Calcagno, el doctor Rosaín, Serafin Ramírez, Domitila García . . . y unas más y otras menos, no se encuentra una que no adolezca de inexactitudes, porque los unos han reproducido todas las falsedades que como verdad han hallado en los otros.

### SU BELLEZA

Inútil parece hablar de ese don precioso de la naturaleza, cuando se tiene ante los ojos un retrato de la condesa de Merlín. Herencia fué de su madre, y a su hija legó esta herencia. Todo era admirable en ella, donde tanto correspondía al retrato físico el moral de los sentimientos, de la distinción y del refinamiento de la cultura. El magistral retrato que ahora contemplan los lectores, fué ejecutado, según creemos, en 1839, dos años antes de su primer (y no de su viaje) a La Habana. Y fué además la inspiración de uno de los artículos del famoso estilista de *Emaux el camées*.



## SUS ÚLTIMOS DÍAS

La penúltima morada del eminente violinista cubano e inolvidable amigo nuestro Joseph White, había sido la última de la condesa de Merlín. Allí, en la calle de Berlín número 18, en un elegante y cómodo apartamento, visitábamos con frecuencia al virtuoso, cuya biografía escribíamos doblemente complacidos por la tarea que desempeñábamos y porque con ella se respondía conforme al deseo persistente de aquél, que no quería morir sin que la relación de su vida quedara en manos del público. Una de estas veces hablábamos de la condesa de Merlín, y se nos ocurrió preguntarle:

—Maestro, ¿sabe usted quién tenía colocado su piano en ese lugar mismo que ahora ocupa el de usted?

—No lo sé; ¿quién fué?

—¿Y tampoco sabe usted quién tuvo su último lecho en el lugar exactamente donde he visto que se halla colocado el de usted?

—¿Quién? ¿quién? dígame quién.

—Pues nuestra compatriota la condesa de Merlín, y de este mismo apartamento salió para el cementerio.

La sorpresa del maestro fué tal, que no pudo hablar inmediatamente.

—¡Y yo, viviendo aquí, y no lo sabía! —exclamó luego.

Y en efecto, todo había sucedido así. Las investigaciones habían respondido por esta vez favorablemente a esa búsqueda larga, minuciosa y en muchas ocasiones infructuosas, que imponen las tareas indispensables en los trabajos históricos, y por esto pudimos causar la sorpresa de White.

Desde el invierno de 1852, que fué el de su fallecimiento, pasaba sus días y sus noches sentada en un sillón, y sin embargo, todavía se ocupaba en proyectos musicales. Y así pasó a la nada. A su sepelio concurrieron casi todas las damas que en otro tiempo llenaban sus salones, en homenaje excepcional sin duda, porque en aquella época sólo los hombres asistían a los entierros en París.

El día que se publique la vida de la condesa de Merlín, separando de aquélla todo cuanto tiene de error y de leyenda, pero revelando al mismo tiempo toda la verdad de la historia, sin omitir aspecto ninguno por grande o pequeño, luminoso u oscuro que sea, entonces podrá apreciarse justa y satisfactoriamente todo el mérito con que ésta ha de surgir y destacarse entre todas las cubanas más ilustres.

*Social*, La Habana, diciembre, 1922.



## DOS OCTOGENARIAS

FERMINA DE CARDENAS, *La Habana*: 29 agosto, 1841. 1º febrero, 1923.

MARIA DE SANTA CRUZ, *La Cidra, Matanzas*: 1º septiembre, 1835. *La Víbora, La Habana*: 14 febrero, 1923.

Dos octogenarias cubanas han fallecido en este mes de febrero, con pocos días de intervalo. Dos octogenarias descendientes de familias de distinción por la cuna y por el rango social y aquéllas conocidas ventajosamente en el círculo de nuestras letras y modelos de la mujer cubana del hogar y de la familia, de esa mujer que ha admirado siempre a propios y extraños.

### I

Fermina de Cárdenas y Jiménez tuvo por padre a don Nicolás, hermano de *Jeremías de Docaransa*, el celebrado articulista de nuestras costumbres, y aquel escritor también de notoriedad, fundador del periódico *Prensa* y autor de una colección de poesías. De aquí, pues que de tal tronco brotara Fermina demostrando desde su juventud primera las mejores disposiciones para el cultivo de las letras y que se consagrara con evidente provecho al estudio detenido de las literaturas cubana y extranjera, de igual modo que al conocimiento de la lengua materna, el francés y el inglés.

Muy joven era todavía cuando unió su destino al conocido literato y periodista don José de Armas y Céspedes con quien tuvo entre otros hijos al malogrado *Justo de Lara* y a Susini de Armas, el atildado escritor contemporáneo.

Como labor periodística y bajo la firma de *Dolores* tenemos de Fermina de Cárdenas su revista *Páginas de Rosa*, sus artículos en el *Diario de la Familia* y *El Fígaro* y los folletines de *La Unión Constitucional*. Además, publicó algunas novelas o narraciones cortas y varias traducciones, entre aquéllas alguna con la firma de *Ena de Roban*.

En lo privado, Fermina de Cárdenas fué mujer excepcional, a quien pudiera tomarse por la estatua viviente del dolor, pero de ese



dolor mudo y resignado al que los nuevos y más tremendos golpes de la adversidad que vienen a ensanchar sus heridas, no lo llevan a la desesperación que enloquece y precipita. Sufrió mucho y mucho tiempo, y en más de una vez la martirizó el dolor de los dolores, la pérdida de una hija hoy, de un hijo mañana... y ella siempre callada, conforme, resignada, no llevándola su dolor hasta la ceguedad de apreciar su pena inmensa como la mayor del mundo, aunque para ella lo era la mayor de su corazón. Vivió casi toda su vida retirada, aunque siempre muy visitada por un grupo numeroso de nuestra buena sociedad, el cual se sentía atraído por aquellas condiciones de carácter que hicieron de Fermína una personalidad. A todos recibía con las mayores muestras de sincero afecto y para todos no eran sus palabras otras que las del verdadero cariño, y contra nadie formulaba ni el más leve reproche, porque para ella no existía la maldad, nadie era censurable, porque nadie era, si acaso, más allá de uno pasajera-mente equivocado, y para todos tenía constantemente la atrayente e inextinguible bondad de su alma.

Conservó hasta los últimos días una memoria privilegiada para todo lo relacionado con nuestra historia social del siglo pasado. Nuestros hombres de entonces, nuestras mujeres, la literatura, la prensa, las conspiraciones, el antagonismo entre cubanos y españoles ¿de qué no hablaba con la seguridad, el detalle y el calor de quien vivió aquella época inolvidable?

Y así cargada de años y de tristezas, un día reclinó la cabeza, para no erguirla nunca más.

## II

María de Santa Cruz y Figueras, hija del madrileño conde de Mopox y de Jaruco, y sobrina de la condesa de Merlín, fué la *Amira* que conocieron con sorpresa agradable los que concurrían en 1861 al Liceo de Guanabacoa o leían la revista *Cuba Literaria*, donde su director el fecundo poeta Fornaris lanzó a la imprenta las primeras poesías de María de Santa Cruz. Ella misma, y aún sin pretenderlo, nos dejó uno de sus rasgos principales en estos versos:

Nació a la sombra de un bosque virgen  
y en las orillas de un manantial,  
por eso es ella sincera y pura,  
crédula a veces, falsa jamás.



Y eso fué toda su vida: pura, sincera, crédula, bondadosa, toda afecto y cariño para todos. Y no fué como poetisa, de inspiración robusta y elevada, ni aspiró nunca a abandonar los temas sencillos, aquéllos en que dando libertad al sentimiento que le hacía tomar la pluma, cantaba a su padre, a sus hermanas, o daba su adiós sencillamente tristísimo al hermoso y floreciente valle de la Macagua. Todos sus cantos reunidos en un tomo, bien pudieran conquistarle el título de la cantora del hogar, pues junto a la dulzura y a lo tierno de sus producciones se une su amor al hogar paterno y a la familia, objeto primordial de todos sus desvelos y todos sus amores. En prosa nos dejó dos libros, *Un ramo de perlas*, brève narración, e *Historias campesinas*, conjunto de las costumbres de nuestros guajiros recogidas y expuestas bajo una forma novelesca y con una fidelidad notable; como que la autora había vivido aquella vida durante su larga residencia en la Macagua.

Pero lo que más caracterizó a María de Santa Cruz fué el entrañable amor que tuvo a su padre. Ella misma, relataba llena del más noble y legítimo orgullo, cómo en cierta época azarosa tuvo su padre que ir a ponerse al frente de unas propiedades rústicas, allá por la región montañosa y solitaria del Oriente de Cuba, y ella, jovencita aún, no permitió que partiera sin su compañía el amado autor de sus días, y con él fué a compartir todas las penalidades de aquella situación peligrosa.

La última poesía que compuso ha permanecido inédita. La escribió para leerla ella misma en memoria de su padre y de su tía la condesa en un acto conmemorativo que tendría lugar en el Convento de Santa Clara. Pero la muerte no quiso concederle ésta que hubiera sido su postrera alegría sobre la tierra.

*Social*, La Habana, marzo de 1923.



## INDICE

	PÁG.
Nota Preliminar, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> .....	9
En el centenario del nacimiento de Domingo Figarola-Caneda, por <i>Emilio Roig de Leuchsenring</i> .....	11
Noticias bio-bibliográficas de grandes cubanos, por <i>Domingo Fi- garola-Caneda</i>	
José White .....	43
Isaac Carrillo y O'Farrill.....	51
El doctor Ramón Meza y Suárez Inclán.....	59
José Ramón Guiteras y Gener.....	65
Pedro Santacilia .....	69
Manuel de la Cruz.....	75
José de Armas y Cárdenas.....	79
Recuerdos del general Narciso López.....	83
José Antonio Saco.....	87
Antonio Bachiller y Morales.....	91
La muerte de un excelente: Gabriel de Zéndegui.....	95
La Condesa de Merlín.....	99
Dos octogenarias.....	105
Indice .....	109



17. Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por *Emilio Roig de Leuchsenring*.
18. Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por *Enrique Piñeyro*. (Con un estudio preliminar por *Enrique Gay-Calbó*).
19. La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico interpretativo por *Emilio Roig de Leuchsenring*).
20. El sesquicentenario del "Papel Periódico en la Havana". 1790-1940.
21. Homenaje al ilustre habanero Nicolás José Gutiérrez en el cincuentenario de su muerte. 1890-1940.
22. Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942.
23. Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 1.
24. Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 2.
25. Vida y Pensamiento de Félix Varela. I.
26. Vida y Pensamiento de Félix Varela. II.
27. Vida y Pensamiento de Félix Varela. III.
28. Vida y Pensamiento de Félix Varela. IV.
29. El cincuentenario del 95. I.
30. El cincuentenario del 95. II.
31. La Habana de Velázquez, por *Jenaro Artiles*.
32. La Colonia hacia la Nación. Tercer Congreso Nacional de Historia.
33. Historia y Americanidad. Cuarto Congreso Nacional de Historia.
34. Ideario Cubano. III. - Antonio Maceo.
35. Un lustro de revaloración histórica. Quinto Congreso Nacional de Historia.
36. Homenaje al ilustre habanero Francisco González del Valle.
37. *Francisco González del Valle*, La Habana en 1841. 1. Fisonomía Urbana.
38. *Francisco González del Valle*, La Habana en 1841. 2. La Vida Oficial. 3. La Vida Económica.
39. Historia y Patria. Sexto Congreso Nacional de Historia. Discursos y acuerdos.
40. Triunfo del Esfuerzo Cubano por la Independencia.
41. Historia de la Guerra de Cuba y los Estados Unidos contra España, por *Hermínio Portell Vilá*.
42. Reivindicaciones Históricas. Séptimo Congreso Nacional de Historia.
43. Cronología Crítica de la Guerra Hispano-Cubanoamericana, por *Felipe Martínez Arango*.
44. Los Primeros Movimientos Revolucionarios del General Narciso López.
45. Conmemoraciones Históricas. Octavo Congreso Nacional de Historia.
46. La Biblioteca Histórica Cubana y Americana "Francisco González del Valle".
47. La Verdad Histórica sobre la Descendencia de Antonio Maceo, por *José L. Franco*.
48. En el Centenario de la Bandera de Cuba. Noveno Congreso Nacional de Historia.
49. Cosme de la Torriente en la Revolución Libertadora y en la República.
50. Nuevas pruebas históricas sobre la descendencia de Antonio Maceo.
51. Homenaje a los Mártires de 1851.
52. Homenaje al ilustre habanero Domingo Figarola-Caneda en el centenario de su nacimiento.

#### *Homenajes a Próceres Cubanos:*

Manuel Sanguily, *Defensa de Cuba*.

Diego Vicente Tejera, *Razón de Cuba*.

Enrique José Varona, *Por la Patria, en la Colonia y en la República*.

#### *Homenajes a Próceres Hispanoamericanos:*

Federico Henríquez y Carvajal, *Todo por Cuba*



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA CIUDAD

SECCIONES

*Archivo Histórico Municipal.*

*Libros de Actas Capitulares desde 1550.*

*Biblioteca Histórica Cubana y Americana*  
*"Francisco González del Valle".*

*200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; legados, donativos y otras aportaciones.*

*Museo de la Ciudad de La Habana.*

*(ABIERTOS AL PÚBLICO DE 9 A.M. A 12.30 P.M.)*

*Publicaciones:*

*Actas Capitulares de La Habana.*

*Cuadernos de Historia Habanera.*

*Colección Histórica Cubana y Americana.*

PALACIO DE LOMBILLO  
PLAZA DE LA CATEDRAL  
LA HABANA



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA